

SUPERVIVIENTES DEL FIN DEL MUNDO

**UNA HISTORIA DE
SUPERACION Y SEXO
EN PLENO ARMAGEDON**

FERNANDO NEIRA

Supervivientes
del fin del mundo

Por Fernando Neira

SUPERVIVIENTES DEL FIN DEL MUNDO

© L.F.S.B.

Editado por sexomio.com

FOTO PORTADA POR PIXABEY EN PEXELS.COM

Impreso en España 2019 Internet:

Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización del propietario del copyright, bajo las sanciones previstas en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía o el tratamiento informático y su distribución.

ÍNDICE

Cap. 1.— Me alertan de lo que se avecina

Cap. 2.— Los preparativos.

Cap. 3.— Mi llegada a la isla del saber.

Cap. 4.— En la casa, sigo conociendo a la familia.

Cap. 5.— Akira y Suchín.

Cap. 6.— La tormenta tiene lugar.

Cap. 7.— Irene obtiene su recompensa

Cap. 8.— Consolando a Adriana

Cap. 9.— Mi pequeña y dulce negrita se entrega nuevamente a mí

Cap. 10.— La hoguera.

Cap. 11.— La madre de todas las orgias.

Cap. 12.— Las dos gemelas.

Fin

Cap. 1

Me alertan de lo que se avecina

«¡Malditos hijos de puta! ¡No me hicieron caso!», pensé cuando desgraciadamente las predicciones se hicieron realidad. El mundo se había ido a la mierda, aunque por suerte, ¡yo estaba preparado!

Para explicar lo ocurrido, os tengo que narrar cómo y cuándo me enteré de la amenaza que se cernía sobre la humanidad. Desde el punto de vista teórico, todo empezó hace más de treinta años, cuando John Stevenson y Larry Goldsmith alertaron al mundo de los efectos que tendría sobre la civilización una hipotética tormenta solar de grado 5.

Según su teoría, una llamarada de proporciones inauditas de la corona del Sol provocaría la destrucción de todas las redes de comunicaciones y de las redes de energía del planeta. Sus ideas de finales del siglo XX eran aceptadas en mayor o menor medida por toda la comunidad científica. Las que no disfrutaron de ese consenso mayoritario cuando fueron enunciadas, fueron las predicciones de Zail Sight y sus díscolos discípulos de la universidad de Nueva Delhi.

Estos científicos indios alertaron hace cinco años que según sus cálculos cada ciento cincuenta años aproximadamente se producía una que era capaz de superar esa cifra y llegar a ser de grado seis, lo que provocaría que todo aparato eléctrico conectado a cualquier fuente de energía se viera destruido por la acumulación del magnetismo proveniente de nuestro astro rey.

Si ya entonces fueron llamados catastrofistas, cuando hace dos años anunciaron que habían conseguido calcular la futura evolución de la corona solar y que la tan temida tormenta iba a tener lugar a finales del 2022, les tildaron de locos de fanáticos.

Recuerdo todavía el día que la jefa de ingeniería de mi empresa, Irene Sotelo, me llamó una mañana para alertarme de los problemas que eso ocasionaría en nuestra corporación. Estaba tan asustada que debía ser serio el asunto y mirando mi agenda vi que tenía un hueco libre en dos semanas, por lo que le ordené que cuando viniese a verme lo hiciera no solo con las consecuencias que tendría en la compañía, sino que lo ampliara su radio de

acción a España, Europa y el mundo.

—Jefe, es una tarea inmensa —protestó al comprender que lo que le pedía le venía grande y que, para darme un informe coherente, necesitaría de la ayuda de expertos en muchas materias.

—Ya me conoces Irene —contesté —no acepto que me vengas con los temas a medias. Si tan grave es, necesito verlo a nivel global. Si necesitas contratar a más especialistas, hazlo, pero quiero una respuesta. Tienes dos semanas.

—De acuerdo, creo que no se arrepentirá de escuchar lo que quiero decirle. Si no me equivoco, nos acercamos al fin del mundo tal y como hoy lo conocemos.

Al colgar el teléfono, me sumergí en internet con la intención de enterarme sobre qué coño hablaba porque si de algo me había servido el pagarla puntualmente un sueldo estratosférico, fue saber que esa mujer no hablaba nunca a la ligera. Reconozco que cuando la contraté además de su brillante curriculum, me atrajo que tanta seriedad y talento estuvieran envueltos en una belleza desbordante, no en vano, el mote que le habían puesto en Harvard era el de Miss Brain, es decir Miss Cerebritito en español. Con sus veintinueve años y su metro setenta y cinco de altura, Irene podía perfectamente haber tenido una carrera en las pasarelas.

Era la unión perfecta de hermosura e inteligencia.

Volviendo al tema, cuanto más leía, más acojonado me sentía y por eso llamando nuevamente a mi empleada, le ordené que no reparara en gastos y que, si debía de tomarse un mes, que se lo tomara pero que cuando viniese a verme quería una visión global y las posibles soluciones.

—Entonces, ¿me cree? —preguntó al escuchar mis directrices.

—No, pero no he llegado a donde estoy siendo un ingenuo. Si hay una posibilidad de que eso ocurra, quiero estar preparado.

—No esperaba menos de usted —contestó dando por terminada la conversación...

Permítanme que me presente. Quizás mi nombre, Lucas Giordano Bruno, no les diga nada porque me he ocupado de ocultar mi vida al público en general desde que en el 2003 y con veinticinco años, me convertí en

millonario gracias a las punto com.

Desde entonces mi fortuna se había multiplicado y puedo considerar sin error a equivocarme que desde 2015 era uno de los cincuenta hombres más ricos del planeta. Tenía intereses en los más variados sectores y si de algo me vanaglorio es que me anticipo al futuro, por eso y queriendo asegurarme de tener varios informes, llamé al rector del MIT ([Massachusetts Institute of Technology](#)) la más prestigiosa universidad de ingeniería del mundo, ubicada en Boston.

Mr. Conry me conocía gracias a diversas donaciones por lo que no solo contestó la llamada, sino que se comprometió a darme en ese mismo plazo sus conclusiones.

A los quince días, Irene llegó a mi oficina puntualmente. Su gesto serio me anticipó los resultados de su informe. Sabiendo que esa conversación iba a ser quizás la más importante de mi vida, dije a mi secretaria que no me pasasen llamadas. Cortésmente, cogí a la rubia del brazo y la senté en una mesa redonda de una esquina de mi despacho.

—Por tu cara, creo que no traes buenas noticias —dije para romper el incómodo silencio que se había instalado entre las cuatro paredes donde trabajaba.

—No son malas, son peores. Aunque no es una posición unánime, la gran mayoría de los físicos que he consultado ven correctas las predicciones del científico hindú y ninguno de los que discrepa me ha podido explicar dónde están los errores de la teoría. Creo que llevan la contraria por el miedo a lo que representa.

—De ser cierto, ¿qué pasaría?

—Imagínese, según ese teórico, dentro de dos años y durante setenta y dos horas una corriente de viento solar sin parangón va a barrer la superficie de la tierra, destruyendo todo aparato eléctrico. Los primeros en caer serían los satélites, luego las redes eléctricas y para terminar las fábricas, los coches, los ordenadores etc. Va a ser el caos. Piense en una región como Madrid: ¿cómo narices se alimentarían sus seis millones de personas, si los camiones o los trenes que diariamente les traen la comida no funcionaran al estar destrozados todos sus sistemas eléctricos?

—Se arreglarían —dije tratando de llevarle la contraria.

—Pero ¿cómo? Las fábricas estarían igualmente inutilizadas e incluso si se pudiera traer por carromatos a la antigua, no habría forma de cosechar los

campos porque los tractores estarían igualmente estropeados.

—Entonces, ¿qué prevés?

—Vamos a retroceder a una sociedad preindustrial con el inconveniente que en vez de mil millones de personas en la tierra hay actualmente ocho mil. Sin electricidad de ningún tipo, no habrá fábricas ni alimentos, ni nada. Ni el ejército ni la policía van a poder parar el caos. La violencia y el hambre se adueñarán del mundo.

—¿Cuántas víctimas? —pregunté para cerciorarme que coincidía con el informe que tenía en mi cajón.

—Los cálculos más optimistas creen que la población mundial se reducirá en menos de dos años a una décima parte, pero los hay que rebajan esa cifra a los trescientos millones de personas en todo el planeta. Piense que, tras el hambre y la guerra, vendrán las epidemias....

—¿Qué soluciones existen?

—Solo una, desconectar todos los sistemas eléctricos durante un periodo mínimo de tres meses, ya que no es posible precisar cuándo va a ocurrir con mayor exactitud. Y, aun así, sería un desastre, habrá cosas que será imposible de salvar como los satélites o las centrales nucleares.

—Lo comprendo y lo peor es que lo comparto. Como te habrás imaginado, no me he quedado esperando a que me trajeses los resultados de tu análisis y he pedido otros. Todos desgraciadamente corroboran en gran medida tus predicciones.

—Y ¿qué haremos? —dijo, echándose a llorar, hundida por la presión a la que se había visto sometida.

—No dejarnos vencer. Tengo... mejor dicho, tenemos dos años para sentar las bases del resurgimiento de la humanidad. Aunque voy a tratar por todos los medios de convencer a los gobiernos de lo que se avecina, no espero nada de ellos. Por lo tanto, me vas a ayudar a desarrollar un plan alternativo. De hecho, previendo este resultado me he comprado una isla deshabitada de 10.000 hectáreas frente a las costas de África de sur.

—No comprendo —respondió levantando su cara.

—Quiero que te hagas allí cargo de la construcción de una ciudad para doce mil personas, cien por cien independiente, con sus fuentes de energía, sus fábricas indispensables y que cuente con reservas de todo tipo para tres años. Deseo que todo esté listo para que cuando pase la tormenta la pongamos en marcha. ¡Tienes dos años!

Cap. 2

Los preparativos

Esa misma semana me deshice de mis empresas y con el dinero en efectivo, contratamos a los mejores ingenieros y contratistas para que se hiciera realidad mi sueño.

¡Y lo hicieron! ¡Vaya que lo hicieron!

En la superficie, construyeron un pequeño pueblo que se podría confundir con un complejo hotelero compuesto de cerca de doscientas chalés, pero, bajo tierra a más de cien metros de profundidad se hallaba el verdadero objeto de mi inversión.

Según los científicos a esa profundidad, los sistemas que mantuviésemos allí no se verían afectados por el viento solar y aprovechando una antigua mina de sal, habíamos ubicado en su interior un sistema de ordenadores que competía con el del pentágono. Usando a los mejores informáticos del mundo sin que ellos supieran el objetivo, habíamos hecho una copia de todo el saber humano. Todo libro, todo ensayo o toda investigación que se hubiese realizado hasta el apagón, quedaría resguardado en la memoria cibernética del complejo.

Pero mi sueño iba más allá, al saber que la guerra y el hambre reducirían el material genético humano, decidí preservar lo mejor del mismo. Por lo que publicité que se iba a crear la mayor base genética del mundo y que se iba a seleccionar lo mejor de la humanidad. Y aprovechando la vanidad de hombres y mujeres, estos con gusto cedieron su material al saber que eran de los elegidos y en menos de un año, en esa isla alejada del mundo, me encontré con que tenía en mi poder el esperma y los óvulos de las mejores cabezas que poblaban la tierra en ese fatídico tiempo.

Por otra parte, construimos enormes almacenes y muelles que llenamos además de con comida, con cientos de vehículos, barcos y aviones, convenientemente desconectados y con sus baterías a buen recaudo bajo toneladas de hormigón hasta que pasase la tormenta solar. También y contraviniendo las normas internacionales, hicimos un acopio de armas de guerra que no se limitaban a fusiles o ametralladoras, sino que nos

aprovisionamos de misiles y demás armamento pesado.

Y todo ello en menos de dos años.

Lo más difícil fue seleccionar a los habitantes de “la isla del Saber”, tras muchas dudas y gracias a una conversación con Irene, llegué a la conclusión del método de elección. Tenía claro que debían de ser todos jóvenes sin enfermedades y con una capacidad mental a la altura de las circunstancias, pero fue mi ayudante la que me dio las bases de la sociedad que íbamos a formar:

—Jefe —me dijo con su aplomo habitual: —Seamos claros. Partiendo que usted viene y que espero que también yo sea una de las elegidas, tenemos que considerar que tendremos que maximizar el potencial de crecimiento de la población.

—Si te preocupa el hecho de acompañarnos, no te preocupes. Cuento contigo, pero no he entendido a que te refieres con eso de maximizar el crecimiento —contesté siendo absolutamente sincero. Su presencia entraba en mis planes, pero respecto a lo otro estaba en la inopia.

—Verá, aunque resulte raro debe haber una desproporción entre hombres y mujeres. Si vamos a disponer del banco de semen y de óvulos, no es necesario que haya igualdad de género e incluso no es deseable porque como los hombres no pueden parir, necesitamos más vientres que den a luz la nueva raza. Por lo que le propongo que haya un hombre por cada cinco mujeres.

—Me niego. Eso causaría problemas a corto plazo. Imagínate como se podría articular una sociedad básicamente femenina. Sería un desastre, los problemas por tanta diferencia de sexos convertirían a la isla en insoportable.

—Se equivoca. En primer lugar, sería solo durante una generación porque a partir de los nacimientos la proporción se equilibraría. Si disponemos de diez mil mujeres a cinco hijos por mujer, en veinte años seríamos un pueblo de cincuenta mil personas. En cambio, si llevamos a cinco mil difícilmente pasaríamos de las veinticinco mil.

—Tienes razón y estamos buscando el resurgir de la humanidad —contesté: —pero ¿cómo vas a arreglar ese desajuste inicial? ¿Vas a llenar el pueblo de lesbianas?

—No, jefe —me contestó —alguna habrá que llevar, pero estaba pensando en una rigurosa selección psicológica por medio de la cual, las elegidas acepten con agrado dicha desproporción. Tanto los hombres como las mujeres serán seleccionados como si de familias de seis miembros se tratase, deben de compenetrarse. Habrá que escoger los candidatos en función de esa futura

sociedad marital, de forma que antes de llegar a la isla sabremos que personas vivirán en cada casa.

—¿Me estás diciendo que ya, desde el inicio, habrás formado paquetes de seis personas, cien por cien compatibles?

—Sí, las nuevas técnicas de análisis psicológico lo permiten. Recuerde que durante siglos a los hijos se le decía con quién casarse y no fue ello un problema. Hoy en día es posible seleccionar estas familias pluri parentales. De igual forma, los hombres que elijamos deben de estar a la altura físicamente. Piense que dispondremos de menos de dos mil para las labores duras y de defensa por si algo nos amenaza, por eso creo que el perfil de estos debe ser físico y el de las mujeres intelectual.

—De acuerdo lo dejo en tus manos —respondí sabiendo que eso llevaría a un matriarcado: —el mundo ha ido de culo cuando han mandado los hombres.

Sin saber a ciencia cierta cómo me iba a afectar eso en un futuro, decidí que a nivel humanidad era lo acertado. Y como en mi caso yo no disponía de pareja, me traía al pario las candidatas que el sistema informático me colocase en casa porque en teoría serían compatibles.

—Y, por último —me explicó —como no quiero sorpresas y si a usted le parece bien, deberíamos aplicar en nuestros futuros compatriotas los métodos experimentales que nuestra empresa ha venido desarrollando de fijación de normas de conducta...

—Me he perdido —tuve que reconocer.

La mujer haciendo una pausa, bebió agua y recordándome unos experimentos ultrasecretos que habíamos realizado para el ejército, me dijo:

—Tras el desastre se va a producir un gran estrés en todos. Debemos evitar cualquier tipo de conato de insumisión y, por lo tanto, creo necesario que grabemos en sus mentes una completa obediencia a nuestras órdenes.

Con todo el descaro del mundo, se estaba nombrando la segunda líder de nuestra futura sociedad, adjudicándose además una lealtad que yo quería solo para mí y por eso, levantándome de la mesa, le solté:

—¿Y cómo me garantizo yo tu obediencia? Si acepto tu sugerencia, podrías darme un golpe de estado.

—Jefe, creo haberle demostrado en estos años mi absoluta subordinación —contestó Irene echándose a llorar: —Jamás he discutido una orden suya incluso cuando me mandaba hacer algo poco ético como este plan. Si usted quiere, puede mandar a analizarme por los mejores psicólogos y si aún le queda alguna duda, no pongo inconveniente en ser la primera en someterme al

tratamiento.

—Lo haré —dije despidiéndome de ella, cortado al darme cuenta de que tras esas lágrimas se escondía una demostración de afecto que hasta ese momento desconocía.

Al verla marchar, me quedé mirando su culo y por vez primera desde que la contraté, pensé que sería agradable compartir con ella, no solo el mando de la “isla del Saber” sino mi cama y rompiendo los límites que siempre había respetado en nuestra relación, la llamé. Una vez la tuve nuevamente a mi lado,forcé sus labios con los míos. Tras la sorpresa inicial, Irene se pegó a mi cuerpo y respondiendo al beso con una pasión inaudita, buscó con sus manos mi entrepierna. Satisfecho con su entrega, me separé de ella y diciéndole adiós, le informé que quería que formara parte de las cinco mujeres que me adjudicaran.

La mujer, que en un principio había recibido mi rechazo con dolor, sonrió al escucharme y desde la puerta, me contestó con voz alegre:

—Ya lo tenía previsto, jefe. Y como lo ha descubierto, no me importa decírselo. Llevo enamorada de usted desde el día que me contrató, pero esa no es la razón por la que espero ser una de ellas. El verdadero motivo es que, según nuestros especialistas, somos una pareja perfecta. Sus gustos se complementan con los míos y si no me cree, no tiene más que leer el informe que he dejado sobre la mesa.

Sorprendido por sus palabras, abrí el sobre que me había dejado y alucinado, reparé que era una advertencia de mi departamento de seguridad datada dos años antes, donde me informaban de la peligrosa sumisión que esa mujer sentía por mí. En ese documento detallaban con absoluta crudeza que Irene estaba obsesionada conmigo y que además de empapelar su piso con fotos nuestras y haber revelado a sus amistades su enamoramiento, varias veces al mes contrataba los servicios de un prostituto que resultaba una copia barata mía. Prostituto al que obligaba a vestirse y a actuar como si fuera yo. Si ya eso era revelador, más lo fue leer que en sus encuentros sexuales, ella se comportaba como sumisa, dejando que el vividor la usara del modo que le venía en gana.

«Menuda zorra», pensé mientras repasaba el dossier.

No solo había conseguido evitar que llegara a mis manos, sino que usando mi propio dinero había obtenido un completo perfil mío y de mis preferencias, descubriendo que, fuera de la oficina, yo también practicaba a menudo el mismo tipo de sexualidad. Lejos de enfadarme su intromisión en mi

privacidad, me divirtió y soltando una carcajada, decidí que esperaría a estar en la isla para poseerla.

«Me queda solo un año para disfrutar de las mujeres del mundo antes que la tormenta asole la civilización y cuando ello ocurra, me recluiré en la isla donde tendré todo el tiempo para moldearla a mi antojo».

Cap. 3

Mi llegada a la isla del saber.

Puse mis pies por vez primera en esas tierras el doce de octubre de 2019. La fecha la elegí por dos motivos: el primero y más importante fue que ese día empezaba el margen de seguridad que nos habíamos dado y aunque estaba previsto para principios de diciembre, no quería correr el riesgo de quedarme fuera, siendo además el 527 aniversario del descubrimiento de América, lo que le daba un significado especial: Si la hazaña de Colon marcaba, para la cultura hispana, el inicio de la edad moderna por el encuentro de dos mundos, esa fecha marcaría también en el futuro, el hundimiento de la sociedad tal y como la conocíamos y el resurgir de una nueva era.

Como habíamos acordado, Irene me esperaba en el helipuerto. Desde el helicóptero que me había llevado hasta allá, observé que esa mujer venía enfundada en un vestido de cuero negro totalmente pegado, lo que le dotaba de una sensualidad infinita. Al verla recordé la cantidad de veces que durante el último año estuve a punto de llamarla para disfrutar de su cuerpo, pero siempre, cuando ya tenía el teléfono en mi mano, cambié de opinión al saber que ella estaría esperándome a mi llegada.

Sabiendo que cuando se marchara el piloto con la aeronave, nada ni nadie saldría de la isla y que en lo que a mí concernía el mundo ya había desaparecido, decidí que era el momento de tomar lo que era mío y por eso tras responder a su saludo, la cogí entre mis brazos y pasando mi mano por su trasero, le ordené que me mostrara las instalaciones.

Ella, al sentir el posesivo gesto con el que la saludé, puso cara de satisfacción y rápidamente me dio un tour preliminar por el pueblo y demás edificaciones, dejando para lo último el bunker bajo tierra.

Al llegar a la antigua mina, me sorprendió el buen trabajo que mi asistente había realizado. No solo se palpaba que la obra estaba acorde con las especificaciones, sino que una vez en el terreno, no me costó advertir que había realizado mejoras sobre el proyecto inicial. Irene me fue detallando todos los detalles y el dinero que había invertido, explicándome los ahorros que había conseguido. Al oírla, no pude evitar el reírme. Ella confusa por mi

reacción me pidió que le explicase la razón de mi risa:

—No te das cuenta de que, en menos de dos meses, el dinero que me sobra no valdrá para nada —contesté.

—Se equivoca. Usando los poderes que me dio, no solo me he gastado el resto de su fortuna, sino que le he hipotecado de por vida —respondió con una sonrisa.

—No te alcanzo a entender —dije bastante molesto por que, como de costumbre, me llevara la delantera.

—Usted sabe que durante toda la historia de la humanidad ha existido un valor refugio.

—Claro. El oro, pero... ¿qué tiene eso que ver!

—Desde el primer día he estado acumulando todo el oro que he podido y cuando se gastó su dinero, pedí a los bancos que nos financiaran mucho más, usando lo comprado como garantía.

—¡Serás puta! Me has arruinado —contesté sin parar de reír: —¿cuánto has conseguido?

—Veinte toneladas.

Al escuchar de sus labios, la cifra hice cálculos y comprendí a que se refería. Mi brillante asistente había acumulado oro por valor de más de setecientos millones de euros. Sabiendo que, si todo fallaba, me había metido en un broncón considerable, pero si la tormenta tenía lugar eso daría a nuestros descendientes una herramienta con la cual canjear toda serie de productos con el exterior, dije:

—Bien hecho, pero que sea la última vez que me ocultas algo tan importante. Si vuelves a hacerlo, no tendré más remedio que castigarte.

—¿Y no podría darme un anticipo? —respondió poniendo un puchero: —Llevo un año esperando y además tengo que reconocerle que le esperan más sorpresas.

Su descarado me volvió a divertir y cediendo a sus ruegos, le di un fuerte azote en sus nalgas mientras que con la otra mano acariciaba uno de sus pechos. La muchacha gimió sin cortarse por la presencia de público y sonriendo, me dio las gracias.

—Lo necesitaba —exclamó mientras acariciaba con su mano el adolorido trasero y volviendo a su cometido inicial, me pidió que tomáramos el ascensor para bajar a la zona de ordenadores.

Encerrado en el estrecho habitáculo solo con ella y mientras bajábamos los cien metros que nos separaban de la sala a la que íbamos, no pude dejar de

fijarme que bajo su vestido dos pequeños bultos revelaban a la altura de su pecho la excitación que dominaba a la muchacha al saber que, en pocas horas, iba a hacer realidad su sueño de tenerme. Forzando su sumisión, le pedí que se quitara las bragas.

—¿Ahora? —me preguntó confundida.

—Sí y no quiero repetirlo.

Sonrojada al máximo, Irene se levantó el vestido, dejándome disfrutar de unas piernas perfectamente torneadas que esa noche iba a poseer, y despojándose del coqueto tanga rojo que llevaba, me lo dio. Al cogerlo, me lo llevé a la nariz y por vez primera, olí el aroma dulzón de esa mujer. Mi sexo reaccionó irguiéndose por debajo del pantalón, hecho que no le pasó inadvertido a mi acompañante, la cual para reprimir su deseo inconscientemente juntó sus rodillas.

—Hueles a zorra —le dije poniendo sus bragas a modo de pañuelo en mi chaqueta: —no sé si voy a aguantar las ganas de poseerte hasta esta noche.

—Soy suya —respondió acalorada—pero antes de que lo haga debo de enseñarle el resto de la isla.

Afortunadamente para ella, en ese momento se abrió el ascensor. Una enorme sala pulcramente recubierta de mármol blanco apareció ante mis ojos. No tardé en comprender que estábamos en la zona de cómputo. Multitud de cerebros electrónicos aparecieron ante mis ojos y tras una mampara, apareció una belleza oriental que me dejó sin hipo con su cara aniñada y su cuerpo menudo. Irene sonrió al descubrir mi reacción al ver a la japonesa y llamándola dijo:

—Akira, ven que quiero presentarte al jefe.

La muchacha, bajando su mirada, se acercó a donde estábamos y haciendo una reverencia tan usual en su país de origen, esperó a que mi empleada hablara. Irene ceremonialmente me presentó a la cría, explicándome que era el ingeniero jefe de sistemas y que tenía bajo su mando todo el mantenimiento de los equipos informáticos.

—Encantado de conocerla —dije dándole un beso en su mejilla. Ese gesto terminó de ruborizarla al no ser común en el Japón que un jefe saludara de esa forma a una ayudante.

—Señor, no sabía que usted venía —dijo tartamudeando: —siento no haberle recibido como se merece.

—Así está bien, me gusta conocer a la gente en su lugar de trabajo.

—Pero es que no he tenido tiempo de arreglarme y quería causar en usted

buena imagen —respondió casi entre lágrimas.

No comprendí su reacción hasta que vi a Irene, consolándola con un beso en la boca, le informó que esa noche la cena era a las ocho. El haber visto a esas dos mujeres morreándose me había excitado, pero también me había revelado que esa monada era una de las cuatro ocupantes de mi casa que no conocía. Satisfecho por la acierto de la elección, me despedí de ella con otro beso, pero esta vez en la boca y forzando sus labios con mi lengua mientras mi mano comprobaba la exquisitez de sus formas. La muchacha se derritió entre mis brazos y boqueando para respirar, me dio las gracias entre sollozos.

—¿A esta que le pasa? —pregunté a mi asistente nada más entrar al ascensor.

—No se preocupe, jefe. Esta feliz por la calidez de su recibimiento, el problema es que es muy emotiva y comprenda que he tenido tres meses para hacerla comprender quien es usted y que espera de ella.

—He adivinado que es una de las otras cuatro, pero dime: ¿quién le has dicho que soy yo?

—Pues quien va a ser, ¡su amo! —respondió poniendo sus piernas entre la mía —jefe, como sabía de sus gustos, la he adiestrado a conciencia. No todas sus mujeres comparten nuestra manera de amar, pero le aseguro que ninguna le va a defraudar y menos yo.

Su mirada me reveló la excitación que la consumía al tenerme tan cerca y por eso, le dije:

—Desabróchate un botón.

La muchacha me obedeció y eso que no comprendía todavía que mi intención era irla calentando a medida iba pasando el día. Al hacerlo me dejé entrever un discreto escote, pero, aun así, lo poco que revelaba se me antojaba apetecible.

—Tócate los pechos para mí —ordené interesado en forzar sus límites.

Avergonzada pero excitada, recorrió sus aureolas con sus dedos mientras las palmas me dejaban calcular su tamaño al sopesarlos.

—Tienes unas buenas ubres —dije con deseo: —esta noche te prometo que, si te portas bien, mordisquearé tus pezones.

Mis palabras hicieron mella en la muchacha que, sin poderlo evitar, se restregó contra mi cuerpo diciendo:

—Jefe, ¿no cree que haber elegido a Akira hace que me merezca una recompensa?

Su entrega me cautivó y bajando mi mano a su entrepierna, alcé su vestido

y con un dedo recorrí los pliegues de su sexo. Irene soltó un pequeño grito al sentir mis yemas acariciando su clítoris e involuntariamente separó sus rodillas para facilitar mis maniobras. Su completa sumisión estuvo a punto de hacerme parar el ascensor y tomarla allí mismo, pero comprendiendo que era una guerra a medio plazo, estuve acariciando unos segundos más su pubis y cuando ya consideré que era suficiente, la separé diciendo:

—¿Ahora adónde vamos?

—Al área de reproducción —me contestó totalmente acalorada y mordiéndose los labios para reprimir sus ganas de correrse.

—¿Alguna sorpresa? —le susurre al oído mientras le daba un pequeño azote.

—Sí —respondió comprendiendo al vuelo mi pregunta— Adriana Gonçalves, además de ser la responsable del Banco de Genes y jefe médico de la isla, es otra de las mujeres con las que vamos a compartir casa.

—Por lo que veo, has seleccionado a esas mujeres tanto por su compatibilidad con nosotros como por su valía, de manera que las responsables de las áreas vitales de la isla serán las que formen parte de nuestra sui generis familia.

—No podía ser de otro modo, así tendremos controlado lo que ocurra.

—Bien pensado —respondí dándome cuenta de la inteligencia que esa mujer tenía y sobre todo de su sentido práctico y, con nervios, esperé a que se abriera la puerta del ascensor para conocer a mi siguiente novia.

El área sanitaria estaba compuesta de un pequeño hospital con un área anexa donde se ubicaban nuestras existencias genéticas. Al entrar vi con desilusión que la mujer que estaba sentada en la mesa era una insulsa castaña de aspecto nórdico. Cabreado pensé que al lado de las otras dos esta era una birria y con paso cansino, me dirigí a saludarla. Cuando ya estaba a punto de presentarme, oí a Irene decir:

—Gertud, te presento a nuestro presidente.

La mujer poniéndose de pie y adoptando un aire marcial, me extendió la mano, diciéndome que era un honor el conocerme. Lo adusto de sus modos me repelió, pero no dije nada y fue entonces cuando mi asistente le preguntó por su superiora de un modo al menos chocante:

—¿Dónde está la zorra de tu jefa?

Sin poder reprimir una risa de gallina clueca, respondió que estaba en la sala de frío pero que enseguida la llamaba y chocando sus tacones al estilo nazi, desapareció por la puerta. Al cabo de tres minutos, salió del interior un

pedazo de mujer.

Adriana resultó ser una mulata alta pero bien proporcionada. Al acercarse a mí, caí en la cuenta de que era de mi estatura y que, aunque desde lejos no se notaba, esa mujer tenía además de unos pechos grandes lucía un culo aún más enorme.

Al verme, sonrió y andando como si bailara, se acercó a mí y pegándose un besazo en los morros, dijo con su característico acento:

—Encantado de conocerte, ¡mi amor! No te haces la idea de las ganas que tenía de conocer al tan nombrado Lucas.

Su simpatía innata me cautivó desde el primer momento y siguiéndole la broma, le solté que no sabía que era tan famoso.

—No joda, primor. La perra de Irene no ha hecho más que nombrarte durante los últimos dos meses —respondió sonriendo con una dentadura perfecta— pero pase a mi despacho.

Casi a empujones me llevó a su cubículo y dejando pasar a mi asistente, cerró la puerta. Al hacerlo se quitó la bata dejándome comprobar que no me había equivocado al pensar que estaba estupendamente dotada por la naturaleza. Me quedé absorto al percatarme que bajo la blusa de tirantes que vestía, sus pechos bailaban desnudos sin la incómoda presión de un sujetador, pero más al observar que tenía los pezones completamente erizados. Mi cara debió de ser de órdago porque enseguida advirtió la lascivia de mi mirada y soltando una carcajada, me dijo:

—No creas que me he puesto cachonda al verte. Es el puto frío del congelador donde tenemos el semen.

—¡Qué bruta eres! —repeló Irene un tanto molesta por el poco tacto de la mulata.

—Tienes razón, perra mía. Disculpa Lucas no fue mi intención molestarte.

—No lo has hecho —respondí, descojonado con el desparpajo de esa hembra.

—¡Qué bueno! Por fin alguien con sentido del humor y no estas guarras con las que vivo —dijo y cambiando su semblante, bajó la voz para preguntarme: —Como ya estás aquí, se supone que el desastre se aproxima o ¿no?

—Calculamos que en menos de dos meses —explicó Irene al comprobar que me había quedado paralizado al enterarme que esa mujer sabía lo que se avecinaba y dirigiéndose a mí me confirmó que todas las habitantes de la casa estaban informadas del asunto.

—Recuérdame que te castigue —dije, aliviado, al no tener que exponer a

ellas el futuro y que era lo que íbamos a hacer ahí.

—¡Putra madre! Primor. Ya era hora que llegaras y le dieras una buena tunda. No sabes las veces que he tenido que sustituirte. Esta guarra cuando estaba triste me pedía que le comiera su chichi y paqué... cuando se corría en vez de oír mi nombre era el tuyo el que salía de sus labios. Además, estoy harta de tanta teta, lo que necesita este cuerpo es una polla que le dé un buen meneo.

La imagen de esa mulata comiendo el coño a la rubia, me terminó de excitar y entonces decidí que era el momento de comprobar hasta donde llegaba el acatamiento de mis órdenes, por lo que, mirando a Adriana a los ojos, le dije:

—Eso quiero verlo.

—¿Aquí? —respondió extrañada, pero al ver que con la cabeza lo confirmaba, me miró divertida y empezando a desabrochar el vestido a mi asistente, exclamó: —Si lo que quieres es ver a esta guarra corriéndose, la verás. Solo te pido que, si necesitas desahogarte, lo hagas con tu mulata.

Irene, completamente abochornada por su papel, se quedó quieta mientras la mulata terminaba de despojarla del vestido. Casi desnuda y con un coqueto sujetador como única vestimenta esperó con el rubor cubriendo sus mejillas el siguiente paso de Adriana. Esta al ver que no llevaba bragas, pasó uno de sus dedos por los pliegues de su sexo y mirándome, me dijo:

—Lucas eres un cabronazo, ¡mira como tienes a la pobre! Cachonda y alborotada.

Al ver que le devolvía una sonrisa como respuesta, la brasileña comprendió lo que esperaba de ella y dando la vuelta a mi asistente, le quitó el sujetador y cogiendo sus pechos en sus manos, me los enseñó diciendo:

—Menudo par de pitones tiene la perra. Se nota que estás mirándola porque casi no la he tocado y ya está verraca.

Aumentando la calentura de su pobre víctima, le pellizcó los pezones mientras le susurraba que era una guarra. Irene suspiró al notar la acción de los dedos de la morena sobre sus aureolas y sin dejarme de mirar, llevó la boca de Adriana hasta sus pechos. Esta se apoderó de los mismos con su lengua y recorriendo los bordes rosados de su botón, los amasó sensualmente entre sus palmas. Mi asistente, incapaz de contenerse, gimió mientras intentaba despojar a su captora de la blusa.

La mulata no la dejó y de un empujón, la sentó sobre la mesa del despacho:

—Abre tus piernas, putita mía. Quiero que el patrón disfrute de la visión

de tu coño mientras te lo cómo —ordenó bajando su cabeza a la altura del pubis de la rubia.

Desde mi posición, pude observar que llevaba el sexo completamente depilado y que Miss Cerebritito se estaba excitando por momentos. Queriendo participar, me puse al lado de ambas mujeres y mientras acariciaba el culo de la morena, me entretuve acariciando por primera vez el cuerpo de mi bella asistente. Irene excitada era más atractiva de lo que me había imaginado, sus ojos presos del deseo tenían un fulgor que jamás había conseguido vislumbrar en una mujer. No solo era una belleza, sino que todo en ella era seductor, incluso el sonido de sus gemidos tenía una dulzura que me cautivaba.

Adriana, más afectada, de lo que hubiera querido demostrar, se retorció cuando levantando su falda, mi mano se introdujo bajo la braga y cogiendo parte del flujo que ya empapaba su sexo, lo llevé hasta la boca de la rubia.

—Chupa mis dedos —ordené a mi asistente—, y comprueba si está lista.

Con gozo, se los introdujo en su boca y casi chillando, me contestó que sí. Colocándome detrás de la mulata, me bajé los pantalones y sacando mi pene de su encierro, puse la cabeza de mi glande en el sexo de la morena. Al comprobar que incapaz de soportar los celos porque ella no iba a ser la primera, Irene había cerrado sus ojos, le dije:

—Quiero que abras los ojos para que veas como me follo a una verdadera mujer y mientras lo hago, te prohíbo el correrte —dije a Irene y dirigiéndome a la mulata, le solté: —Si consigues que me desobedezca, te la entrego durante una semana.

Adriana, estimulada por la recompensa, aceleró las caricias de su lengua mientras torturaba los pezones con sus dedos. Pude ver que, luchando contra el deseo, mi rubia apretaba sus manos y con la cara desencajada, de sus ojos brotaban unas lágrimas. Aprovechándome de la lucha de ambas mujeres, separé las nalgas de Adriana y con gozo descubrí que su negro ojete parecía intacto.

«Poco le durará la virginidad», pensé mientras de un solo empujón, clavaba mi miembro hasta el fondo de la brasileña.

Esta gimió de gozo al notar que mi glande chocaba con la pared de su vagina y metiendo dos dedos en el interior de Irene, empezó a retorcerse buscando su propio placer. Con satisfacción, comprobé que mi sexo discurría con facilidad dentro del estrecho conducto de la morena y cogiéndola de los pechos, fui apuñalándola con mi estoque. Acelerando lentamente mi ritmo, conseguí sacar de su garganta la comprobación genuina que estaba ante una

mujer fogosa y no tardé en escuchar que sus suspiros se iban trastocando en berridos, mientras su dueña sin perder el ritmo de mi galope no paraba de intentar que su amiga se corriera.

Supe que Adriana estaba a punto de correrse, cuando sentí sobre mis piernas la humedad inmensa que brotaba del interior de su sexo y cogiéndola de su melena, arqueé su espalda para preguntarle:

—¿Suficiente meneo?

—Sí, cabrón. ¡Como necesitaba una buena polla! —gritó desplomándose sobre el cuerpo de la rubia.

Esa nueva posición, me permitió gozar por completo de sus glúteos y soltándole un azote, le ordené que se corriera. Completamente fuera de sí, empezó a jadear mientras su cuerpo temblaba preso del placer. Su orgasmo fue el detonante del mío y derramándome en su interior, alcancé el primero de los climaxes que esa isla pondría a mi disposición.

No había terminado de eyacular cuando miré a Irene. Ella me devolvió la mirada con un ligero reproche, pero, reponiéndose al instante, alegre comentó:

—Hace un año, le prometí que nunca desobedecería sus órdenes y no lo he hecho, esta puta no ha conseguido su objetivo por lo que soy libre.

—Te equivocas —contesté— eres de mi propiedad y esta noche te has ganado compartir mi cama —respondí y atrayéndola hacia mí, deposité en sus labios un beso como recompensa.

Mi asistente, abrochándose el vestido, soltó una carcajada y dirigiéndose a la morena, dijo:

—Teniendo a mi jefe en casa, ya no te necesito. ¡Cacho guarra!

Adriana, en plan de broma, frunció el ceño y haciendo como si llorara, rogó que no la abandonase. La rubia, muerta de risa, contestó que lo pensaría mientras le ayudaba a ponerse la blusa y mirando el reloj, me dijo:

—Son las seis, debería descansar porque he quedado con las demás a las ocho.

Fue entonces cuando me percaté que esas mujeres habían forjado una maravillosa relación y que lejos de competir, se complementaban tal y como habíamos previsto.

Me alegró comprobarlo porque eso significaba que mi vida en esa isla tendría al menos placer a raudales y comprendiendo que tenía razón respecto a la hora, miré a Adriana y le pregunté:

—¿Nos acompañas?

—No, mi amor. Tengo cosas que terminar. Piensa que ha llegado el capullo

del presidente y querrá que durante la cena le informe de los progresos de mi departamento.

—Creo que a ese capullo no le importará que lo dejes para mañana —contesté porque me apetecía la compañía de esa mujer tan descarada.

—A él quizás no, pero a mí sí, no me gusta dejar temas pendientes —susurró a mi oído mientras me daba un beso.

Sabiendo que era correcto por la gravedad de lo que se avecinaba, no insistí y cogiendo de la cintura a mi asistente, me dirigí hacia la salida. Acabábamos de cerrarse el ascensor, cuando pegándose a mí, Irene dijo:

—¿Verdad que es encantadora?

—Sí, espero que también hayas acertado con las otras tres.

—Por eso no se preocupe. Ya conoce a Akira y como le dije es una princesita sumisa. Adriana es un torbellino y las otras dos no le defraudarán.

—Cuéntame quienes son.

—Johana es la responsable de seguridad y lo que tiene de bruta en su trato con sus subalternos, lo tiene de encantadora dentro de la casa. Le parecerá imposible cuando la vea. Cuando la elegí era la comandante más joven de los Navy Seal. Como buen marine es físicamente una bestia, pero, con usted, se comportará como un dulce corderito. Le prometo que le encantará.

—¿Y la última?

—Suchín. Ella es la encargada de hacer producir los campos. Como experta en agricultura y ganadería es excelente pero lo que me inclinó a elegirla es que como cocinera no tiene paragón. No solo domina la cocina de su país natal, Tailandia, sino que es una verdadera experta en todas las demás.

Que no me hiciera referencia a su físico ni a su carácter, me mosqueó y sin más preámbulos, le pregunté el motivo de ese silencio. La mujer, entornando sus ojos, me contestó:

—Jefe, ¡a las mujeres siempre nos gusta tener un secretito! Pero no se inquiete, quedará complacido con la elección.

Confiado de su buen juicio, determiné que, si quería guardarse un as en la manga, no iba a ser yo quien la forzara y sacando un collar de mi bolsillo, se lo regalé. La mujer se quedó sorprendida al recibir una joya y casi sin mirarlo, me pidió que le ayudase a ponérselo.

—No lo has visto bien —dije acariciando su trasero.

Irene me miró extrañada y leyendo la pequeña inscripción del broche en voz alta, sonrió:

—Propiedad exclusiva de Lucas Giordano.

Cap. 4

En la casa, sigo conociendo a la familia.

Al llegar a la casa que sería mi hogar lo que me restara de vida, descubrí que era la única diferente de la isla. Pintada en color ladrillo, su tamaño hacía que sobresaliera sobre todas las demás. No me hizo falta preguntar el motivo de la desproporción entre ella y el resto. Era la casa del mandamás y debía quedar claro desde el principio. En su interior descubrí nuevamente el buen gusto de Irene, manteniendo la sobriedad, sus estancias rezumaban clase y practicidad por igual. Decorada con un estilo minimalista, no faltaba ninguna comodidad. Una sección de oficinas daba paso a una serie de salones amplios y luminosos.

—Esta es la parte para uso oficial. Espero que la privada también le guste.

Sin saber adónde ir, seguí a mi asistente por una escalera de mármol y en cuanto traspasé la puerta que daba acceso a nuestras dependencias, comprendí a que se refería. Era una copia de mi piso de Madrid, solo que más grande y que en vez de tener un solo dormitorio, del salón salían al menos media docena. Alucinado porque hubiese recreado hasta el último de los detalles, me dirigí hacia mi cuarto y al entrar descubrí que no solo había hecho traer todos mis muebles, sino que todas mis pertenencias y mis fotos estaban ubicadas en el mismo lugar que en el departamento al que ya no volvería.

—Quería que se sintiera en su hogar —dijo al ver mi desconcierto y señalando la cama, comentó: —Lo único que es diferente es esto. Si va a tener que acoger ocasionalmente a seis personas que menos sea de tres por tres.

—Eres maravillosa —le dije con ganas de estrenar tanto la cama como a ella.

La muchacha percatándose de mis siniestras intenciones, se escabulló como pudo y desde la puerta, me informó:

—He dispuesto que tuvieran su baño preparado, luego me dice que le ha parecido.

Cabreado por quedarme con las ganas de poseerla, me quité la chaqueta y depositándola sobre un sillón me dirigí hacia el baño. Al entrar me quedé paralizado al descubrir que, de espaldas a mí, había un negrazo de más de dos

metros totalmente desnudo. Solo me dio tiempo de mirar la tremenda musculatura de su espalda antes que, indignado y sin medir las consecuencias, le espetara:

—¡Qué coño hace usted aquí!

El sujeto dio un grito por la sorpresa, pero, al girarse descubrí, que no era él sino ella quien estaba en cueros sobre las baldosas de mármol. Cortado por mi equivocación, no pude más que pedirle perdón por mi exabrupto y ya tranquilo, le pregunté que quien era. La muchacha, con una dulce voz que chocaba frontalmente con el tamaño de sus antebrazos, ya que, parecía una culturista, contestó:

—Soy Johana. Irene me ha pedido que le ayude a bañarse porque venía cansado del viaje y necesitaba un masaje, pero si le molesta mi presencia me voy.

—No hace falta, quédate —respondí y aunque estaba cabreado con la rubia, la pobre cría no tenía la culpa.

Johana sonrió al escucharme y cuando lo hizo su cara se transformó, desapareciendo la dureza de sus rasgos y confiriendo a su rostro una ternura que derribó todos mis reparos. Dándose cuenta de que no estaba enfadado con ella, la mujer se aproximó a mí. Cuando la tuve cerca, avergonzado, descubrí que mi cara llegaba a la altura de sus pechos, no en vano posteriormente me enteré de que la pequeña medía dos metros diez.

«Soy un pigmeo a su lado», pensé asustado por su tamaño.

Si se dio cuenta de mi asombro, no le demostró y llevando sus manos a mi camisa, me empezó a desabrochar los botones sin dejar de mirarme a la cara. Yo mientras tanto no podía dejar de observar lo desarrollado de los músculos de la dama y sin darme cuenta, llevé mi mano a uno de sus pechos. Al posar mi palma sobre su seno, descubrí que, lejos de ser pequeño, era enorme y que lo que me había hecho cometer el error de pensar que era plana, era que al ser ella tan musculosa, parecían a simple vista enanos. Inconscientemente, pellizqué su negro pezón. Al hacerlo, como si tuviese frío, se encogió poniéndose duro al instante.

Su dueña debía estar acostumbrada a provocar esa reacción en los hombres, porque con lágrimas en los ojos, dijo sollozando:

—Soy una mujer, no un monstruo.

Avergonzado por mi falta de sensibilidad, le pedí perdón y alzando mi brazo, cogí su cabeza y bajándola hasta “mi altura”, deposité un suave beso en sus labios. La muchacha al sentir mi caricia abrió su boca dejando que mi

lengua jugara con la suya y durante un minuto, nos estuvimos besando tiernamente.

Fue una sensación rara sentirme un juguete entre sus brazos. Nunca se me había pasado por la cabeza que una hembra tan alta y musculosa pudiese ser tan dulce y menos que me atrajera, pero lo cierto es que bajo mi pantalón mi pene medio erecto opinaba lo contrario. Johana, dejándose llevar por la pasión, me terminó de desnudar y después de hacerlo, me abrazó y alzándome me llevó hasta el jacuzzi. Protesté al sentir que mis pies abandonaban el suelo y que ella como si fuera un niño me hubiese levantado sin ningún esfuerzo.

—Deje que le cuide —respondió la mujer, haciendo caso omiso a mis protestas y depositándose suavemente dentro de la burbujeante agua, prosiguió diciendo: —aunque ya me lo había dicho Irene, no la creí cuando me contó que el jefe me iba a conquistar con su mirada.

Acojonado por la profundidad del afecto que leí en sus ojos, no puse reparo cuando acomodándose en la enorme bañera, me cogió con una sola mano y con cariño me colocó entre sus piernas. Sin esperar nada más, comenzó a darme besos en el cuello mientras presionaba con sus pechos mi espalda. Me retorcí de gusto al sentir sus caricias y ya convencido, apoyé mi cuerpo contra el suyo. Johana lentamente me enjabonó la cabeza dándome un suave masaje al cuero cabelludo. Estuve a punto de quedarme dormido por sus caricias, pero, antes que lo hiciera, la mujer empezó a recorrer mi pecho con sus manos.

La sensualidad sin límite que me demostró al hacerlo hizo que dándome la vuelta metiera uno de sus pezones en mi boca y mordisqueándolo con ligereza, empezara a mamar de su seno como si de un crío me tratara. La negra no pudo reprender un sollozo cuando sintió mis dientes contra su oscuro pecho. Envalentonado por su entrega, bajé mi mano hasta su entrepierna y separando los pliegues de su sexo, me concentré en su clítoris.

Como el resto de su cuerpo su botón era enorme y cogiéndolo entre mis dedos lo acaricié, mientras miraba como su dueña se derretía ante mi ataque. Sus gemidos se hicieron aún más patentes cuando ahondando en mis maniobras, aceleré la velocidad de los movimientos de mi mano. Temblando como un flan, la enorme mujer me confesó:

—Nunca he estado con un hombre.

—¿Eres lesbiana? —pregunté extrañado porque no me cuadraba con la pasión que hasta entonces había demostrado.

—No, pero nunca me han hecho caso, ¡siempre les he dado miedo!

—respondió llorando.

—A mí, no me das miedo— repliqué depositando un beso en su boca mientras mi mano seguía torturando su sexo. Tras lo cual, señalando mi pene ya totalmente excitado le dije: —Lo ves, está deseando tomarte.

La mujer se quedó de piedra y colmándome de besos, me dio las gracias por verla como una mujer. Sabiendo que no podía fallarle, me levanté sobre el yacusi y le pedí que me aclarara. Johana no se hizo de rogar, de manera que en pocos segundos ya había quitado cualquier resto de jabón de mi cuerpo. Al comprobar que estaba limpio, le solté:

—Llévame a la cama.

Johana, sin estar segura de que hacer, se quedó mirando. Comprendí que debía aclararle que quería y por eso, dije:

—Si fueras del tamaño de Akira, te llevaría en brazos hasta la cama.

Soltando una carcajada, levantó mis ochenta y cinco kilos sin ningún tipo de esfuerzo, de forma que en pocos segundos me depositó sobre las sábanas e indecisa sobre cómo comportarse se quedó de pie, mirándome.

Aprovechando sus dudas, apoyé mi cabeza sobre la almohada y me puse a observarla. Johana estaba enfrascada en una lucha interior, el deseo le pedía tumbarse a mi lado, pero el miedo al rechazo la tenía paralizada. Yo, por mi parte, usé esos instantes para evaluarla detenidamente, pero sobre todo para pensar en cómo tratarla.

Físicamente era impresionante, no solo era cuestión de altura ni siquiera de músculos, lo que verdaderamente me acojonaba era que la mujer de veintiocho años que tenía enfrente solo había sufrido rechazos por parte de los hombres. Si quería que ese pedazo de hembra se integrase en la extraña familia que íbamos a formar, debía de vencer sus miedos y por eso valiéndome de su pasado militar, le pregunté:

—¿Cuál era tu rango en los Navy?

—Comandante —contestó poniéndose firme.

Verla en esa posición marcial, me dio morbo porque siempre había querido tirarme a una uniformada. Retirando de mi mente la imagen de poseerla vestida con botas y correas, le ordené:

—Comandante, tumbese a mi lado.

Al escucharme, se le iluminó el rostro porque si entendía ese lenguaje e imprimiendo una dulzura extraña en alguien tan enorme, respondió.

—Sí, señor.

En cuanto la tuve a mi vera, la besé mientras recorría con mis manos su

negra piel. Ella, al no estar acostumbrada a recibir caricias, se mantuvo quieta sin moverse como temiendo que todo fuera un sueño y que ese hombre que recorría sus pechos desapareciera al despertarse. Su pasividad me dio alas y bajando por su cuello, recogí uno de sus pezones entre mis labios mientras el otro disfrutaba de los mimos de mis dedos. Los primeros suspiros llegaron a mis oídos y ya con confianza, descendí por su torso en dirección a su sexo. Cuando estaba a punto de alcanzar mi meta, los miedos de la mujer volvieron y asustada, juntó sus rodillas. Ya sabía cómo manejarla, esa mujer necesitaba ser tratada alternando autoridad y ternura. Por eso, levantándome de su lado, le grité:

—Abra inmediatamente sus piernas.

Adiestrada a obedecer sin rechistar, Johana separó sus piernas, de manera que desde mi posición pude contemplar por primera vez su coño abierto y húmedo. Si en vez de esa virgen, la mujer de mi cama hubiera sido otra, sin dudar, me hubiese lanzado como un kamikaze, pero en vez de ello bajé hasta sus tobillos y con la lengua fui recorriendo sus pantorrillas con lentitud estudiada. Trazando un surco de saliva sobre su piel, fui jugando con sus sensaciones.

Cuando sentía que se acaloraba en exceso, retrocedía unos centímetros y en cambio cuando percibía que se relajaba, aceleraba mi ascenso. De esa forma, todavía seguía a mitad de sus muslos, cuando advertí los primeros síntomas de su orgasmo.

—Tiene permitido tocarse —dije al notar que la mujer luchaba contra sus prejuicios.

Liberada por mis palabras, pellizcó sus pechos y separando sus labios, me pidió permiso para masturbarse.

—Su coño es mío y le advierto que no admito discusión.

Mi orden causó el efecto esperado y Johana, al escuchar que reclamaba la propiedad de su sexo, se retorció sobre la cama, dominada por un deseo hasta entonces desconocido para ella.

Satisfecho, recorté la distancia que me separaba de su pubis. Con la respiración entrecortada y el sudor recorriendo su cuerpo, esperó a que mi lengua rozara sus labios para correrse ruidosamente.

Acababa de ganar una escaramuza, pero tenía que vencer en esa batalla, asolando todas sus defensas y obligarla a aceptar una rendición sin condiciones. Por eso sin darle tiempo a reponerse tomé su clítoris entre mis dientes mientras que con un dedo recorría la entrada a su cueva. Sollozó al

notar mis mordiscos y reptando por las sábanas, intentó separarse de mi boca.

—No le he dado permiso de moverse— solté sabiendo que su huida era producto de un miedo atroz a lo que se avecinaba. Deseaba ser tomada, pero le aterraba no estar a la altura y defraudarme.

Al volver a su sitio, directamente la penetré con mi lengua, jugando con su himen aún intacto y saboreando su flujo, conseguí profundizar en su deseo. Su coño ya se había convertido en un pequeño manantial y recogiendo con mi lengua su maná, lo fui bebiendo mientras ella no paraba de gemir como una loca. Su segundo orgasmo cuajó al llevar una mano hasta mi pene y hallarlo completamente erguido. El placer de la mujer fue in crescendo hasta que gritando como posesa de desparramó sobre la cama.

Sin darle tregua, me levanté y poniendo mi glande en su entrada, la miré. En su cara pude adivinar un poco de miedo y mucho deseo. Por eso sin esperar a que recapacitara y que nuevamente se echara atrás, la penetré lentamente rompiendo no solo su himen sino el último de sus complejos. Johana sollozó al sentir su virginidad perdida. En cambio, a mí, me sorprendió tanto la calidez como lo estrecho de su conducto.

«Una mujer tan enorme con un coño tan pequeño», pensé mientras dejaba que se acostumbrara a tenerlo en su interior.

Tumbándome sobre ella, mordisqueé unos de sus pezones hasta sacar de su garganta un gemido. Cuidadosamente empecé a moverme, sacando y metiendo mi extensión de su coño mientras no dejaba de mamar el néctar de sus pechos. Johana que se había mantenido a la espera, lentamente imprimió a sus caderas un ligero ritmo que se fue incrementando a la par que mis penetraciones. Poco a poco la cadencia de nuestros movimientos fue alcanzando una velocidad de crucero, momento en que decidí que forzar su entrega y levantándome sobre ella, convertí mis penetraciones en fieras cuchilladas. Ella chilló descompuesta al notarlo y estrechando mi cuerpo con sus piernas, se clavó hasta el fondo de sus entrañas mi pene erecto.

Asumiendo que no iba a durar mucho y que no tardaría en derramar mi simiente en su interior, la di la vuelta y obligándola a ponerse de rodillas, la volví a tomar, pero esta vez sin contemplaciones. La nueva posición le hizo experimentar sensaciones arrinconadas largo tiempo y gritando a voces su sumisión y entrega, se corrió dejándose caer sobre las sábanas. Alargué su clímax, con una monta desenfadada hasta que explotando de placer eyaculé relleno su sexo con mi semen.

Agotado, me tumbé a su lado. Rendida a mis pies, sus ojos me miraron con

cariño mientras me decía:

—Me dejaría matar por usted.

Estaba a punto de besarla cuando oí un ruido en la puerta, al levantar la mirada me encontré que Irene y Adriana estaban de pie mirándonos.

—Has perdido la apuesta. Ya te dije que Lucas haría que esta estrecha se comportara como un cervatillo —escuché decir a mi asistente antes de salir corriendo de la habitación con su amiga.

Comprendí que esa sabionda no solo me había preparado una encerrona, sino que, conociendo de antemano mi modo de actuar, se había apostado a que yo vencía los miedos de Johana. Mirando a la mujer que yacía a mi lado, cabreado, ordené:

—Abrázame durante unos minutos, me apetece sentirte, pero luego quiero que me traigas Irene. Si se niega, usa la fuerza que consideres oportuna. La quiero aquí.

La gigantesca mujer se acurrucó posando su cabeza en mi pecho. Se la veía feliz por haber mandado a la basura, en una hora, complejos que la tuvieron subyugada durante toda su vida.

Por mi parte, me debatía entre la satisfacción de saber que, aunque el mundo se fuera al carajo, esa isla iba a ser un oasis a salvo de la devastación mundial y el cabreo por sentirme una marioneta en manos de Miss Cerebritito.

Habiendo descansado, me di cuenta de que era tarde y como quería llegar temprano a la cena, me levanté y me empecé a vestir. Johana protestó al sentir que deshacía nuestro abrazo y remoloneando, me pidió que volviese con ella.

—Comandante, tiene órdenes que cumplir —le recordé mientras me ponía los pantalones.

La mujer obviando que estaba desnuda, se incorporó ipso facto y saliendo por la puerta, se fue a cumplir con lo que le había mandado. Al cabo de unos minutos, escuché unos gritos provenientes del pasillo, para acto seguido ver que Johana entraba en la habitación portando en sus hombros a una indefensa Irene. Se notaba que la rubia no estaba muy de acuerdo con el modo tan brusco con el que la negra estaba llevando a cabo su misión.

—Señor, ¿dónde deposito este fardo? —dijo marcialmente la militar.

La propia Irene había trasladado mis pertenencias y por eso, abriendo el cajón donde en mi antiguo piso tenía mis juguetes, sacando una cuerda y un bozal, contesté:

—Hasta nueva orden es una prisionera, después de inmovilizar al sujeto, amordázalo. No me apetece oír sus gritos.

Johana, comprendió al instante lo que quería y desgarrando su vestido, se puso a cumplir mi pedido. No teniendo más que hacer allí, me alejé mientras oía las protestas de la que se consideraba mi favorita.

Akira y Suchín.

Como todavía quedaba media hora para la cena, me dirigí directamente hacia el salón a servirme un copazo. Me apetecía un whisky para celebrar que había puesto a Irene en su lugar.

«Aunque se lo merece, solo espero que Johana no sea demasiado dura con ella», pensé sin dejar de sonreír.

Aprovechando ese momento de tranquilidad, me puse a repasar los siguientes pasos que tenía que llevar a cabo. Lo primero era verificar el plan de contingencias si al final se confirmaban los negros augurios y sin olvidarme que tendría al día siguiente que juntar a los habitantes de la isla y comunicarles la inminencia del desastre.

Aunque nos habíamos cuidado y mucho de que ninguno de ellos dejara atrás familia, debía mentirles respecto a cuándo nos habíamos enterado de lo que iba a ocurrir. Tenía que ser fortuito que coincidiera en el tiempo con la fundación de nuestra colonia. Supe que tarde o temprano todo se sabría, pero esperando que cuando tuvieran constancia del engaño, esos millares de personas estarían agradecidos de haber sido salvados por nosotros.

Estaba pensando en ello, cuando escuché que se abría la puerta y al mirar quien entraba, me costó reconocer que era Akira la que se acercaba. Vestida y maquillada al estilo de sus abuelos, la mujer venía ataviada como una antigua geisha.

«A esto se refería con lo de recibirme como me merecía», recapacité sin levantarme del sillón, «en su mentalidad, ella debía servirme y que mejor ejemplo, que vestida como una de las famosas acompañantes japonesas».

Sabiendo de antemano lo que se esperaba de mí, sonreí cuando se arrodilló a mis pies y besando el suelo que pisaba, dijo:

—Amo, vengo a presentarme a usted. Quiero que sepa que acepto plenamente las condiciones de mi contrato y que desde ahora solo existo para servirle.

Su aceptación era algo que conocía por eso fríamente rebatí sin darle otra opción:

—Todavía no he decidido si eres digna de mí.

La oriental, interpretando a la perfección su papel, sumisamente me preguntó qué era lo que su dueño le exigía como prueba.

—¡Cántame! —ordené, empleando mis profundos conocimientos sobre la mentalidad nipona.

Para los habitantes del Japón, las Geishas eran ante todo damas de compañía con una extensa preparación orientada a satisfacer los requerimientos de sus clientes y el primero de ellos era que valoraban ante todo una amplia educación musical.

Akira, esbozó el inicio de una sonrisa antes de tomar aire y comenzar a entonar una dulce melodía. Subiendo el volumen de su voz, interpretó una tierna canción de amor mientras mantenía sus rodillas juntas, con la cabeza erguida y sus manos extendidas hacia arriba en honor al dueño de su destino. No me costó reconocer su postura. La muchacha había adoptado la posición de alabanza, glorificando las bondades de su superior con su canto. Su prodigiosa voz se hizo dueña de la casa y respondiendo a su llamado, Adriana y Johana se vieron forzadas a entrar en la habitación.

Al verlas, le ordené silencio y los tres, sin quererlo, nos sentimos avasallados por la emoción que emanaba de la garganta de la pequeña oriental. Ni la casquivana brasileña ni la musculosa americana pudieron constreñir su llanto al disfrutar en sus oídos ese canto ancestral y tampoco pudieron evitar aplaudir a la muchacha cuando terminó. Molesto por su demostración, les devolví una dura mirada y dirigiéndome a la intérprete, le recriminé un par de notas fuera de lugar.

Aunque las otras mujeres lo desconocían, mis palabras para Akira fueron un piropo porque, en sí, no había criticado el conjunto sino una ligerísima parte de su canción y por eso con la reducida alegría que le estaba permitida manifestar una sumisa, me besó la mano y volviendo a su posición, esperó.

—Te has ganado el derecho a darme de comer —le solté sin demostrar ninguna emoción—pero todavía no te has hecho merecedora de compartir mi lecho.

—Ya es suficiente el honor que me hace —respondió bajando su mirada.

—Tu voz ha complacido mis oídos, pero mis ojos han permanecido ciegos: ¡baila para mí!

Siguiendo los acordes sordos de una insonora canción, se levantó del suelo y sin pausa interpretó con armonía los pasos de una antigua danza de unión. No hizo falta que sonara música alguna, todos los presentes nos vimos

imbuidos por su danza y siguiendo uno a uno sus sensuales movimientos nos vimos zambullidos en su actuación. Miré de reojo la reacción de mis acompañantes. Adriana seguía con la cabeza el discurrir de la nipona sobre la alfombra mientras Johana babeaba, incapaz de controlar su sensualidad recién adquirida. Yo mismo me estaba viendo afectado, pero, disfrazando mi beneplácito, le dije al terminar:

—Sin negar tu armonía, me veo incapaz de valorarte aún. Te doy permiso de poner tu cabeza en mi pierna.

Akira, asumiendo que había pasado la prueba, se arrodilló y posando su negra cabellera sobre mi muslo, suspiró encantada. Acariciándola, la dejé en segundo plano y dirigiéndome a la militar, dejé caer:

—Me imagino que has cumplido mis órdenes.

—Señor, no tiene por qué dudar. Su prisionera está convenientemente inmovilizada esperando que usted llegue —respondió con un deje de complicidad que no me pasó inadvertido.

Adriana, al enterarse de que Irene yacía atada en mi habitación, soltó una carcajada diciendo:

—¡Qué se joda! Ya era hora que alguien la pusiera en su lugar.

—Ten cuidado —respondí mientras metía mi mano por el escote de la mujer que tenía a mi vera—cada una de vosotras tiene un papel en esta opereta, pero no te creas que vacilaré en cambiar el reparto si me provocas.

Asustada por mis palabras, se quedó en silencio. Silencio que rompió con un gemido, la oriental al sentir que acariciaba su pezón con fuerza, momento que usé para aclararle de una vez por todas mis intenciones.

—Nuestra familia está compuesta por individuos especiales. Yo soy el nexo, Akira es la sumisa, Johana la protectora, Irene la maquiavélica y tú la divertida. Todos somos complementarios.

—Patroncito mío, ¿y dónde deja a Suchín? —respondió con su desparpajo tan característico.

Se me había olvidado la cuarta y reconociendo mi error, respondí:

—Ni puta idea, deja que la conozca para saber cómo catalogarla.

—Pues eso no puede ser —exclamó: —acompañanos que la cena está servida.

Levantando a la japonesita del suelo, la cogí por la cintura y de la mano de la comandante, seguimos los pasos de una Adriana que, abriendo el camino, ya había salido de la habitación. Al llegar al comedor, comprendí a que se refería Irene cuando me dijo que me esperaba una nueva sorpresa porque las

viandas que esa noche íbamos a comer estaban cuidadosamente dispuestas sobre el cuerpo desnudo de una preciosa tailandesa.

Con un cuerpo menudo que me recordó al de Akira, en cambio su piel era morena y su cara tenía una expresión libertina que nada tenía que ver con la candidez de la otra oriental. Todo en ella era morbo.

—Espero que la cena sea digna de la vajilla —respondí mientras me sentaba en la silla.

—No lo dude —contestó con una carcajada la brasileña: —Esta perversa es un hacha cocinando.

—Veremos —farfullé mientras cogía con mi boca un trozo de sushi de uno de los pezones de la mujer.

—Amo, permítame —dijo Akira recogiendo un poco de arroz que se había quedado en la rosada aureola, imprimió un duro pellizco al recipiente, antes de llevarlo a mis labios.

Desde mi puesto, tenía un perfecto ángulo de visión del coño de la mujer y con morbo, aprecié que cada vez que una de mis futuras compañeras cogía un pedazo de comida se las arreglaban para ir calentando a su igual con sus caricias. La brasileña, que era la más cuca, se hizo cargo de una deliciosa gamba que estaba depositada entre los rojos labios de la cocinera, dándole a la vez un dulce beso, la mojó en la salsa de soja de su ombligo. Johana, aún inexperta en estas lides, cogió un pedazo de pollo de su escote, mientras le acariciaba la cabeza. Akira, en cambio, fue más directa y removiendo una especie de salchichón encajado en el sexo de la mujer, lo sacó y tras cortar un trozo, lo acercó a mi boca y me lo dio a probar.

—Lleva una salsa tailandesa muy especial —soltó mientras volvía a incrustarle el sobrante nuevamente.

Al verse penetrada, las piernas de Suchín se tensaron. Sonreí al comprobar que lejos de permanecer inmutable, esa mujer se estaba excitando. Sus ojos desprendían llamaradas de deseo cada vez que una de sus compañeras recogía de su piel una pieza de la estupenda cena que ella había cocinado. Disfrutando del juego, decidí incrementar la apuesta y vaciando el resto de mi copa sobre el pecho de la mujer, ordené a mi sumisa que limpiara mi estropicio.

Akira, con una voracidad inmensa, fue absorbiendo el líquido con su boca mientras confería a su acción una lascivia creciente. La pasión de la japonesita contagió a Adriana, la cual, colocándose a un lado, cogió entre sus manos el embutido encajado en la entrepierna e incrementado la avidez de la mujer, le imprimió un rápido movimiento. Los gemidos de su víctima no se hicieron de

rogar e incapaz de aguantar, gimió de placer. Viendo que Johana se mantenía al margen pero que en su gesto se adivinaba que también se estaba viendo afectada, le pregunté:

—¿No tienes hambre?

—Sí, pero me da vergüenza.

Levantándome de mi asiento, cogí del brazo a la enorme mujer y llevándola a los pies de la oriental, separé a Adriana y quitando el embutido, la forcé a bajar su cabeza. Poniendo en contacto sus labios con el sexo de tailandesa, le ordené:

—Come.

La negra probó el néctar con su lengua y al comprobar que le gustaba, ya completamente convencida, separó los pliegues de Suchín y como posesa se puso a beber de su flujo. La oriental recibió la boca de su compañera con gozo y temblando sobre la mesa, se corrió.

—Sigue hasta que desfallezca —ordené a la comandante.

Siguiendo mis instrucciones con gran diligencia, la musculosa mujer penetró el interior de la vulva con su lengua mientras pellizcaba con sus dedos los glúteos indefensos que tenía a un lado. Adriana buscando su propio placer, se quitó las bragas y subiéndose a la mesa, puso su sexo en los labios de Suchín.

Viendo cómo se estaban desarrollando los acontecimientos y que esas dos hembras bastaban para complacer la sexualidad de la fetichista, llamando a Akira, fui a ver a la mujer que estaba atada en mi cama. La japonesa me siguió sin oponer resistencia y solo cuando estábamos a punto de entrar en mi habitación, bajando su mirada, me preguntó:

—Amo, Irene me dijo que esta noche iba a compartir lecho con ustedes dos en cuanto la desatáramos. ¿Cuál va a ser mi función?

—No te entiendo, ¿cuándo te dijo eso?

—Hace una hora la sorprendí cenando en la cocina. Al preguntarle que hacía, Irene me contestó que usted iba a castigarla y por eso estaba comiendo algo —me aclaró.

—¿Y que más te dijo?

Asustada, al darse cuenta de que, con su pregunta, había descubierto a la mujer, balbuceando me contestó que mi asistente le había anticipado que esa noche, después de cenar, iba a acompañarme a liberarla.

«Será perra», pensé, «conoce tan bien mi forma de pensar y de actuar que para ella soy como un libro abierto».

Meditando sobre ello, decidí no seguirle el juego y dirigiéndome a la sumisa, pregunté:

—Durante esto tres meses, me imagino que te habrá dicho alguna vez como esperaba que fuera nuestro primer encuentro.

—Sí —con rubor en sus mejillas, me respondió—soñaba con que usted la tomara violentamente.

«¡Hija de puta! Eso es lo que me apetece realmente, pero ¡no lo voy a hacer! Si quiere violencia, no la va a tener», resolví.

¡No iba seguir su juego!

Al entrar en el cuarto, descubrí con agrado que Johana se había extralimitado. No solo la había atado, sino que, dando un buen uso a mis juguetes, le había incrustado un consolador en su sexo y otro en su ano.

—Desátala —ordené a la oriental.

La muchacha se acercó a la indefensa mujer y quitándole el bozal, se puso a deshacer los nudos que la mantenían inmovilizada. Con atención, me fijé en el estupendo cuerpo de mi asistente. Siendo delgada de complexión, estaba dotada de unas curvas que harían las delicias de cualquier hombre. Lo que más me gustaba de ella eran la firmeza de sus senos y la perfección de su trasero, sin dejar de apreciar que era toda una belleza.

Una vez liberada, me senté junto a ella en la cama y acariciando su pelo, la besé mientras le decía:

—Pobrecita, debes de haber sufrido mucho. Descansa, mientras me ocupo de Akira. Ya tendremos tiempo de disfrutar uno del otro —y dirigiéndome a la oriental, le ordené que se desnudara.

De reojo, observé el desconcierto de Irene. Había supuesto que, todavía enfadado por su afrenta, la tomaría sin contemplaciones y en vez de eso, me había comportado con ternura.

Olvidándome de ella, me concentré en la sumisa que, obedeciendo mis órdenes, acababa de soltarse el pelo. Su cuerpo menudo se me fue revelando lentamente. Mientras deshacía el nudo del grueso cinturón que sostenía el vestido, la japonesita mantuvo la cabeza gacha al ser incapaz de mirarnos.

—¡Levanta la cara! Quiero que seas consciente de ser observada —ordené.

La muchacha se ruborizó al comprobar que eran dos, los pares de ojos que la examinaban. Abriendo el kimono, se lo quitó, quedando en ropa interior en mitad de la habitación. Al verla así, se me hizo agua la boca al comprobar la perfección de sus medidas. Francamente baja, la oriental estaba dotada de

unos pechos de ensueño.

Sin esperar que se lo mandase, desabrochándose el sujetador lo dejó caer al suelo. Con satisfacción observé que sus senos se mantenían firmes sin la sujeción de esa prenda y que sus rosadas aureolas se iban empequeñeciendo al contacto de mi mirada. Tampoco necesitó que le insistiera para despojarse del diminuto tanga, de manera que permaneció completamente desnuda para ser inspeccionada.

—Acércate.

Akira, se arrodilló y gateando llegó hasta mis pies, esperó mis órdenes.

—Quiero ver tu dentadura.

Avergonzada por el trato que estaba recibiendo frente a su compañera, abrió su boca sin rechistar al comprender que su dueño tenía que inspeccionar la mercancía antes de dar su visto bueno.

—Limpios y perfectos —determiné después de comprobarlo.

—Gracias amo —le escuché decir.

—No te he dado permiso de hablar —le recriminé: —Date la vuelta y muéstrame si eres digna de ser usada por detrás.

Con una sensualidad estudiada, se giró y separando sus nalgas, me enseñó su ano. Metiendo un dedo en él, comprobé tanto su flexibilidad como su limpieza, y dándole un azote, le exigí que nos exhibiera su sexo. Satisfecha de haber superado la prueba de su trasero, se volteó y separando sus rodillas, expuso su vulva a nuestro examen. Completamente depilada, su orificio delantero parecía el de una quinceañera.

—Separa tus labios —ordené.

Obedeciendo, usó sus dedos para mostrarme lo que le pedía. Al hacerlo, me percaté que brillaba a raíz de la humedad que brotaba de su interior. No tuve que ser ningún genio para comprender que el rudo escrutinio la estaba excitando.

Levantándome de la cama, fui hasta el cajón donde guardaba mis juguetes y sacando un antifaz y unas esposas, ordené a mi esclava que se incorporara. Cumpliendo lo mandado, la muchacha se puso en pie y en silencio, esperó mi llegada. Sin hablar, le tapé los ojos y llevando sus brazos a la espalda, la inmovilicé.

—Irene, ven y acaríciala —dije dirigiéndome a mi asistente que hasta ese momento había permanecido al margen.

Con ello, buscaba un doble objetivo. Privada de la visión, los sentidos de la oriental se agudizarían y por otro, le dejaba claro a la rubia que esa noche

no iba a haber violencia. Respondiendo a mi pedido, Irene se acercó y usando sus manos fue recorriendo la suave piel de su compañera, consiguiendo que de la garganta de Akira salieran los primeros suspiros.

—Improvisa —le pedí— que no sepa que parte de su cuerpo vas a tocar ni si vas a usar la lengua, los dientes o tus dedos.

La mujer comprendió mis intenciones. Al estar cegada a su víctima se le incrementaría el deseo al ser incapaz de anticipar los movimientos de su contraparte y sin más dilación, fue tanteando todos y cada uno de los puntos de placer de la oriental. Con satisfacción, fui testigo de cómo le mordía los pezones, para acto seguido lamer su cuello mientras introducía un dedo en su lubricada cueva.

—Amo, ¿quiere que la fuerce a correrse?

—Sí —contesté y dirigiéndome a Akira, en voz baja le susurré al oído: —tienes prohibido hacerlo.

Viendo que la rubia, arrodillándose, introducía su lengua en el sexo de la pequeña, decidí que era el momento de desnudarme. Irene buscó que su partenaire se corriera torturando su ya inhiesto clítoris. No tardé en observar que de los ojos de Akira brotaban unas gruesas lágrimas, producto de su frustración.

Necesitaba alcanzar el clímax, pero se lo tenía vedado. Forzando su deseo, me puse a su espalda y separando sus nalgas, tanteé con la punta de mi glándula su orificio trasero. Ella no puso objeción alguna a mis caricias y creyendo que lo que deseaba era tomarla por detrás, forzó la penetración con un brusco movimiento de su trasero. Mi pene entró sin dificultad por su estrecho conducto, pero entonces sacándolo le pregunté:

—¿Confías en mí?

—Sí, amo —respondió casi llorando.

Solo quedaba confirmar su entrega ciega por lo que, acercando una silla, la puse en pie sobre el asiento, ante la atenta mirada de Irene. Comprendí que Akira estaba aterrorizada al verse en esa posición, ya que, con las manos esposadas a su espalda, si perdía el equilibrio se golpearía contra el suelo.

—Déjate caer hacia delante —ordené.

Durante unos instantes, la pequeña oriental se quedó petrificada porque jamás ningún amo le había exigido algo semejante. Asumiendo que, si no cumplía mis órdenes, iba a fallarme pero que si lo hacía se iba a estrellar contra el suelo, llorando decidió obedecer y lanzándose al vacío, se temió lo peor.

Nunca llegó al suelo porque antes que su cuerpo rebotara contra el parqué, la recogí en mis brazos y besándola, le informé que había superado la prueba y que se merecía un premio. Completamente histérica, me devolvió el beso. El miedo acumulado se transmutó en deseo y como si hubiera abierto un grifo, de su sexo brotó un espeso arrollo mientras sus piernas se enlazaban con la mía.

Decidí que era el momento de cumplir con mi palabra y sentándome en la silla, la senté en mis rodillas.

—Abre las piernas —le pedí dulcemente y cogiendo la cabeza a mi asistente, la llevé hasta su sexo.

—Tienes permiso de correrte —le informé mientras la empalaba por detrás.

La oriental al sentir su entrada trasera violentada por mí, mientras su clítoris era lamido por Irene, gritó como posesa y presa de sus sensaciones, se corrió. Dejé que disfrutara el orgasmo sin moverme, tras lo cual le quité las esposas y el antifaz. Ella, al sentir libertad de movimientos, cogió a mi empleada del pelo y autoritariamente, le exigió que le comiera los pechos. En cuanto sintió la boca de la mujer sobre sus pezones, reanudó sus movimientos y cabalgando sobre mi pene, buscó mi eyaculación diciendo:

—Soy suya.

Su sumisión me dio alas y cogiéndola de la cintura, empecé a izar y a bajar su pequeño cuerpo, de manera que mi pene recorriera su interior a cada paso. Nuevamente, escuché sus gemidos, muestra clara que estaba disfrutando por lo que acelerando mis movimientos la llevé otra vez a un orgasmo que coincidió con el mío.

Agotada por el esfuerzo, se dejó caer contra mi pecho y gimoteando, comentó:

—Amo, nunca había sentido algo así. Creí morir cuando me exigió arrojarme al vacío, pero se lo agradezco. Ha conseguido que comprenda que es mi dueño y que, junto a usted, nada malo me pasará.

—Esa era mi intención —respondí y dándole un suave mordisco en el lóbulo, la levanté en mis brazos y depositándola sobre las sabanas, me tumbé a su lado.

Fue entonces cuando caí en que Irene permanecía arrodillada a los pies de la silla. Durante la media hora que llevaba en la habitación, a propósito, le había otorgado un papel secundario y era el momento de explicarle los motivos:

—Ven —le dije haciendo un hueco en la cama —aunque no te lo mereces,

no quiero que cojas frío.

El rostro de mi asistente mostró la alegría de que le permitirá compartir mi lecho y como gata en celo, me abrazó restregando su cuerpo contra el mío.

—Te equivocas si crees que te voy a hacer el amor. Sigo enfadado. No creas que voy a permitir que juegues conmigo. Que sea la última vez que siento que me manipulas. Si vuelves a hacerlo, le pediré a Suchín que te busque acomodo en las pocilgas— y forzando su boca con mi lengua, pregunté: —¿Has entendido?

—Sí... señor —me respondió posando su cabeza en mi pecho mientras abrazaba a su compañera: —No volverá a ocurrir.

No me cupo duda de que iba a ser imposible que cumpliera esa promesa. Su naturaleza maquiavélica la traicionaría, pero allí estaría yo para castigarla cuando lo hiciera. Pensando en ella y en las otras cuatro, me dormí sin que nada perturbara mi sueño al estar convencido de que, si el desastre anunciado se terminaba produciendo, al menos a mí, ¡me encontraría preparado!

Cap. 6

La tormenta tiene lugar.

Esa noche y a pesar de los múltiples intentos de Irene para que la poseyera, no rompí mi promesa. He de decir que dormí como un niño sabiendo que Akira, otra de las mujeres que ella misma había seleccionado para mí velaba también mi sueño. Por ello no os ha de extrañar que esa mañana me despertara con una mano agarrando el pecho de la rubia y con la oriental pegada a mi espalda.

Nada más abrir los ojos y queriendo tomar al asalto mi propiedad, empecé a acariciar sus pezones.

La cerebrita o bien estaba totalmente dormida o bien no quiso darse por aludida. Di por sentado lo segundo y por eso, dándome la vuelta, abracé a la japonesita. Esta no tardó en reaccionar y mirándome, al sentir la presión de mi pene contra su sexo, me preguntó si su señor necesitaba algo de su fiel putita. Sonreí satisfecho al ver que sin que se lo tuviese que exigir Akira cogía mi pene entre sus manos y lo acomodaba entre sus piernas.

—Tu hospitalidad —respondí con un suave movimiento de caderas.

La facilidad con la que mi verga se introdujo en su interior fue la muestra palpable de lo poco que necesitaba esa monada para estar dispuesta. Bastaba con que la mirara para que sin poderlo evitar se calentara al instante. Daba igual cuantas veces la hubiese usado la noche anterior, en cuanto sintió mis caricias se vio desbordada por el deseo e incapaz de aguantar, me rogó que la usara.

—No es justo, ¡me toca a mí! —protestó Irene al ver que su compañera se había llevado el premio.

—La próxima vez sé más receptiva —repliqué haciéndola ver que me había molestado su falta de respuesta.

Cayendo a mis pies, trató de congraciarse conmigo diciendo que la había malinterpretado y que si no había reaccionado enseguida no era por falta de ganas, sino porque pensaba que tenía que esperar mis órdenes.

—Una sumisa no debe tener iniciativa— insistió al ver que seguía

poseyendo a Akira en vez de a ella.

Estaba a punto de contestarle, cuando de pronto una sirena empezó a sonar. Por la cara que pusieron supe el motivo, pero aun así solo reaccioné cuando Irene se levantó de la cama y tras mirar una pantalla, me dijo con lágrimas en los ojos que había empezado:

—Las televisiones de todo el mundo están informando de fallos catastróficos de comunicación con el continente americano.

—¿Cuánto tiempo queda?

Antes de contestar buscó la respuesta en el ordenador y tras comprobar que no había llegado todavía a Alaska, respondió sin dejar de llorar:

—En nueve horas nos alcanzará y en doce habrá terminado.

Si me quedaba alguna duda acerca de la posibilidad de que el mundo que conocíamos tuviera capacidad de reacción quedó en nada al ver que la tormenta solar había comenzado por los Estados Unidos.

—Habíamos previsto que sobrevivieran algunas bases militares, pero al haber empezado por ahí dudo que hayan tenido tiempo. De sobrevivir alguna, será europea... los chinos tampoco podrán hacer nada. En hora y media, el viento solar llegará a sus ciudades.

Asumiendo el final de la civilización tal y como la entendíamos, nos levantamos a toda prisa. El resto de las mujeres de la casa habían reaccionado igual y por eso cuando salí de la habitación, me encontré con las otras tres sentadas esperándome en el salón.

Curiosamente la primera en hablar fue Suchín, la tailandesa.

—Lucas, siguiendo el protocolo que teníamos preparado, hemos dado órdenes de poner a buen recaudo toda la maquinaria en los túneles y de apagar escalonadamente cualquier aparato eléctrico. Que el destino haya elegido ese huso horario para descargar su furia, nos ha venido muy bien. Nos ha dado suficiente prórroga para que las pérdidas que nos ocasione sean las mínimas. Se puede decir que apenas notaremos sus efectos. A partir de la próxima semana empezamos a reestablecer la normalidad y en dos habremos vuelto a la actividad usual.

—¿Tanto tiempo esperáis que dure? —pregunté dirigiéndome a Irene, porque no en vano era la que más había estudiado ese fenómeno.

—Desgraciadamente tenemos muy pocos registros que avalen las previsiones de los científicos indios, pero si hacemos caso a sus teorías, la tormenta tendrá tres fases: erupción o inicio, fulguración que es cuando se libera toda la radiación y la tercera y más peligrosa, la eyección de masa de la

corona que es lo que está barriendo la superficie terráquea y que puede durar hasta cinco días. Por eso, esperaremos a que hayan pasado siete y para evitar riesgos, lo haremos de forma paulatina.

—Me parece bien —respondí, tras lo cual pregunté cuando habían previsto informar a los habitantes de la Isla.

—Hemos creído necesario hacerlo cuanto antes y por eso hemos citado a la totalidad en la plaza dentro de media hora. No es bueno para la moral que sientan que se lo hemos ocultado y ya deben saber que ocurre algo al ver que las redes se han caído.

—Tenéis razón. Es mejor afrontar cuanto antes y no prolongar la angustia —repliqué sabiendo que me tocaría a mí explicar a un grupo de gente aterrorizada que no tendrían que preocuparse por el Armagedón que estaba arrasando el planeta porque estábamos preparados.

Estaba tratando de ordenar mis pensamientos para tener un discurso coherente cuando llegando hasta mí, Adriana puso en mis manos unas cuartillas:

—Primor. Sabiendo que llegaría este momento, la zorra de Irene me pidió que te escribiera un discurso, aprovechando mis estudios de sociología y de psicología.

Asumí que había minusvalorado esos “estudios” y que esa morenaza debía ser, además de una eminencia en medicina, una lumbrera en esas materias. Por ella, no me importó tomarme un tiempo en leer esas notas.

Desde el primer párrafo supe que no era algo improvisado, sino que ese escrito estaba elaborado a conciencia para que las personas que lo oyeran fueran pasando de la estupefacción al saber el destino del resto de la humanidad, a la esperanza de saber que no se iban a ver afectados. Y que, al acabar de escucharlo, dieran por sentado que habían tenido la suerte de ser ellos y no otros los destinados a tener un papel principal en el renacimiento de la sociedad.

—Es bueno... —comenté: —...hasta yo me lo he creído.

Al escucharme, sonrió y dijo:

—Su fidelidad se incrementará más si cabe al sentirse agradecidos. Cómo sabes los hemos elegido por su personalidad y aunque la psicología no es una ciencia exacta, dada su lealtad no esperamos que haya más que algunos brotes de insatisfacción, pero nunca una rebelión abierta.

—Eso espero. No me gustaría enfrentarme a más problemas de los necesarios. Bastante tenemos con lo que se nos avecina —respondí.

Fue entonces cuando caí en la cuenta de dos temas. El primero que, una vez hubiese pasado la tormenta, sería imprescindible localizar cualquier oasis de civilización que quedara sobre la tierra. Y que, si ese ya era de por sí importante, más lo era el segundo:

¡Debíamos ocultar nuestra existencia! ¡Sería una insensatez dar a conocer que manteníamos la tecnología del pasado!

«Eso sería ponernos una diana en el pecho. Todo el mundo intentaría llegar a la isla para unirse a nosotros o para conquistarnos», medité acojonado.

Al comentárselo a ellas, Irene sonrió:

—Lo sabemos. Por ello, hemos designado a un pequeño grupo especialistas en comunicaciones cuyo objetivo futuro será localizar cualquier superviviente tecnológico. Mientras tanto y a modo de precaución, nuestras comunicaciones se harán en FM, imposible de rastrear a más cincuenta millas de distancia.

Me tranquilizó saber que ese tema estaba previsto, pero aún, así y mirando a Johana, quise que me contarán las medidas defensivas con la que contábamos para repeler una supuesta invasión.

La cerebrita me interrumpió nuevamente:

—Hasta en eso hemos tenido suerte, de los cinco satélites que su conglomerado de empresas colocó en el espacio, tres de ellos estaban en la zona oscura cuando empezó la tormenta. Como estaba previsto, nos hemos hecho con su control y creemos que conseguiremos salvar al menos a dos manteniéndolos fuera del alcance de la llamarada solar.

—Perdona mi ignorancia, ¿de qué coño hablas?

Riendo entre dientes, la rubia contestó:

—El día que usted me dio la orden de prepararnos para el desastre, una de sus compañías ganó un concurso con Defensa para el lanzamiento de cinco satélites espías. Previendo esta situación, dotamos a los mismos de un dispositivo de autodefensa que les permitiera cambiar de órbita— y mirándome, continuó: —Si todo sale como hemos planeado, tendremos unos ojos de última generación protegiéndonos desde el espacio.

Instintivamente y dada la importancia de sus palabras, la abracé. Irene lejos de retirarse, se puso melosa y restregando su sexo contra el mío, me susurró al oído:

—¿No cree que su más fiel putita se merece un premio?

Soltando una carcajada, le di un azote mientras la replicaba que a menos que me hiciera una trastada, esa noche la haría por fin mía.

—Llevas veinticuatro horas aquí y todavía no me has hecho tuya —protestó mientras se permitía el lujo de manosear mi trasero.

Interviniendo, Suchín se acercó a donde estábamos y comentó:

—Si te parece... mientras te diriges a nuestra gente, preparo a esta zorrita.

Por su cara comprendí que tenía planeado satisfacer tanto sus apetencias como las de mi asistente e intrigado por ver lo que tenía pensado, contesté:

—El deber es lo primero y creo que debemos estar los seis presentes cuando hablemos con nuestra gente. Pero después y dado que tampoco he disfrutado de tus caricias —dije dirigiéndome a Suchín: —os veo a las dos en mi cuarto tras el discurso.

—Allí estaremos —con una sonrisa replicó la bella tailandesa.

La complicidad de esas dos quedó de manifiesto cuando, moviendo su culo más de lo normal, Irene se fue con ella.

Observando de reojo, supe que las otras tres esperaban mis órdenes y por ello alzando la voz, comenté:

—Llebadme a la plaza.

La proximidad del lugar nos permitió ser de los primeros y eso me dio la oportunidad de observar el comportamiento de los hombres y mujeres que habíamos seleccionado mientras se iba llenando la plaza. No tuve que esforzarme mucho para ver que todos ellos sabían de la importancia de esa reunión.

—No podía ser menos, piensa primor que son lo mejor de la sociedad que acaba de desaparecer —me replicó Adriana al comentárselo.

En otras ocasiones había estado en eventos con mayor número de asistentes e incluso en varios de ellos, me había dirigido a los congregados, pero he de reconocer que al subirme al estrado estaba nervioso.

—Señoras y señores, soy Lucas Giordano, el fundador de esta colonia y siento decirles que soy portador de pésimas noticias —fue mi presentación.

El silencio antinatural que produjeron mis palabras se extendió como el aceite. Nadie, ni siquiera mi séquito de cinco elegidas, se atrevió a respirar y por ello cuando volví a tomar el micrófono, era consciente que en ese preciso instante veinticuatro mil ojos estaban fijos en mí.

—Acabamos de saber que una tormenta solar sin precedentes está barriando la faz de la tierra, acabando a su paso con todo equipo electrónico— fue mi segunda intervención.

Dejé que esas mentes brillantes asimilaran esa información para anunciarles que en nueve horas llegaría hasta nosotros, pero que mientras eso ocurría la sociedad tal y como la conocíamos estaba dejando de existir.

La plaza se llenó de sollozos porque todos, pero sobre todo todas las presentes, estaban lo suficientemente preparados para hacerse una idea certera del proceso.

—Afortunadamente, no todo está perdido... ¡el ser humano tiene un futuro! Y ese futuro ¡sois vosotros!— esas doce mil mentes me escucharon decir.

La rotundidad de la afirmación y mi tono cumplieron su objetivo y nuevamente tenía en mi poder su atención:

—Todos vosotros firmasteis para formar parte de un experimento científico y social —afirmé: —Jamás aceptasteis ser el germen de una sociedad nueva....

Nadie contestó.

—... la naturaleza nos ha jugado una mala pasada, la civilización tal y como la conocemos desaparecerá en medio de guerras y hambre....

Pude observar el dolor en sus rostros.

—... pero el hombre renacerá y será gracias a vosotros. Tenemos tiempo para salvar nuestra tecnología, nuestra mina mantendrá a buen recaudo a todos los aparatos eléctricos mientras pasa la tormenta...

Me tomé mi tiempo para concluir diciendo:

—... y con la calma, será nuestro turno y el de nuestros hijos. Hemos sido llamados a reestablecer la civilización..... ese es nuestro destino y ¡no podemos fallar! ¡El ser humano depende de nosotros!

Un sonido ensordecedor camufló mis últimas palabras.

Cap. 7

Irene obtiene su recompensa

Esos doce mil privilegiados que habíamos seleccionado ya sabían el futuro al que se enfrentarían y que la colonia que había fundado además de ser una isla físicamente era una isla de seguridad dentro de la desolación mundial.

Fuera solo había caos.

Todos ellos habían sido escogidos por su inteligencia y por su capacidad de enfrentar ese golpe. Pero aun así necesitaban pasar el duelo, asimilar que nunca podrían volver a su ciudad, ni a su barrio porque sencillamente ¡ya no existían! Ejerciendo más de padre que de jefe me quedé en la plaza consolando a los que lo necesitaban.

Junto a mí permaneció en todo momento Johana. Su presencia, sus dos metros de músculos, lejos de ahuyentar a los reunidos, les producía una sensación de seguridad y se acercaban a nosotros. Tardé unos minutos en percatarme de que al hacerlo lo hacían de seis en seis.

«Ante las dificultades, buscan la protección del grupo», me dije evaluando positivamente el éxito que habíamos obtenido al agrupar a los candidatos en “familias” compuestas por cinco mujeres y un hombre.

Observando detenidamente, advertí en todos ellos que uno de sus integrantes ejercía de líder y que además solía ser una mujer.

«Estadísticamente es lo lógico», concluí tomando en cuenta la desproporción existente, pero no por ello algo en mi interior me puso en guardia no fuera a ser que alguna de las cinco mujeres que Irene había seleccionado para mí quisiera coger ese papel.

Tras media hora y en vista que todo parecía tranquilo pedí a mi enorme y amorosa amante que me acompañara a casa. Johana aprovechó los minutos que tardamos en llegar en explicarme con mayor detalle los preparativos de seguridad.

—Has pensado en todo —dije al no encontrar falla alguno en lo que habían planteado.

—Irene me resultó de mucha ayuda. Es increíble la capacidad que tiene —me replicó.

Al escuchar la respuesta de la militar, supe que debía atar corto a ese cerebritito o terminaría asumiendo ella el mando de mi obra. Como ponerla en su lugar era una labor que solo podía hacer yo y nadie más, no dije nada cuando en el vestíbulo de la casa Johana se despidió de mí diciendo que tenía un montón de temas que revisar antes de que llegara la tormenta.

La morena tenía motivos sobrados para ir a su oficina, algo en mí me dijo que su rápida huida era algo pactado con Suchín e Irene y admitiendo que pronto lo sabría, entré al área privada de la casa. Nada más hacerlo, vi que el salón se había transformado en un aula de clase y que la oriental permanecía sentada en uno de los dos pupitres y mirando de frente a la pizarra.

No tuve que ver más para comprender que iba a ser testigo, cuando no partícipe, de un juego de rol donde esas dos mujeres iban a representar el papel de profesora y alumna. Mi única duda era si a mí me tocaba ejercer de maestro, duda que desapareció cuando vi entrar a Irene vestida con la bata blanca típica de los profesores y dos reglas en sus manos.

Descojonado, estuve a punto de buscar asiento para observar, pero entonces mi asistente llamando la atención de Suchín, le dijo:

—Señorita, en pie.

Al levantarse, me dio oportunidad de comprobar que la falda de su uniforme consistía en la típica escocesa, pero que a duras penas se podía considerar que era una minifalda. Mas bien parecía un cinturón ancho.

—Quiero presentarle a don Lucas, el inspector del que le hablé y que viene a comprobar la calidad de nuestra escuela.

Sonreí al enterarme de mi personaje y dejando que Irene llevara la batuta, únicamente pregunté donde me sentaba.

—Señor inspector, ¡donde usted quiera! —exclamó escandalizada.

Su respuesta me informó de que esperaba que en algún momento ejerciera mi autoridad y por eso cogiendo la suya, me senté junto al pizarrón.

De inmediato supe que había hecho lo correcto porque se acercó a mí y mientras me daba una de las reglas, me regaló con una generosa visión de sus pechos a través del escote.

—Se nota que está bien dotada para la enseñanza —comenté con la mirada fija en su par de melones.

—Muchas gracias, señor inspector. Solo espero que al terminar su visita siga opinando lo mismo —contestó lamiéndose los labios.

Tras lo cual, girándose, comenzó a explicar a su pupila que la tierra era plana y que el sol giraba alrededor nuestro produciendo el día y la noche. De

nuevo me quedó claro que la elección de una teoría antediluviana y claramente errónea tenía un motivo. Por eso me quedé callado.

—Profesora, tenía entendido que la tierra era redonda —comentó Suchín desde su asiento.

Molesta por esa interrupción y en plan tirana, Irene le preguntó quién le había dado permiso para hablar.

—Nadie, profesora —respondió la oriental.

—Es inaceptable. No sé la escuela en la que has estado antes, pero quiero que sepas que en ésta no admitimos tal falta de respeto. ¡Ven aquí!

Con un extraño pero evidente brillo en sus ojos, la tailandesa se acercó a donde su maestra permanecía jugando con la regla. Al llegar junto a ella, Irene le dio un buen repaso con la mirada antes de obligarla a apoyarse en la mesa poniendo el culo en pompa.

Desde mi lugar, me encantó comprobar que el disfraz estaba completo y que su atuendo incluía unas bragas de perlé, digna de nuestras abuelas.

—Profesora, perdóneme. Juro que no volveré a interrumpirla —rogó Suchín haciéndose la desvalida.

—Lo has vuelto hacer— rugió su maestra mientras descargaba el primer reglazo sobre el indefenso trasero de su alumna: —Has vuelto a hablar sin pedir permiso.

—Lo siento —sollozó la joven sin darse cuenta de que, con ello, volvía a caer en el error.

Hecha una energúmena, mi rubia asistente castigó con dureza las nalgas de Suchín con una serie de cinco sonoros mandobles, para acto seguido y con una sonrisa en su boca, preguntarme si consideraba que era suficiente:

—No lo sé —respondí: —Depende del color que haya adquirido el culo de esa maleducada.

Sin dar opción a que se negara, Irene le bajó las bragas hasta las rodillas y rogándome que me acercara, pidió mi opinión sobre si era suficiente el color rojizo de los cachetes de su alumna.

Excediéndome en mi papel, pasé mi mano por ese precioso culete tanteando la reacción de su dueña. Suchín al sentir por primera vez una caricia mía, no pudo evitar que un largo gemido de placer surgiera de su garganta. Lejos de enfadarme y aprovechando que no llevaba bragas, alargué mi examen incluyendo en el mismo su sexo.

—¡Señor inspector! —exclamó indignada la profesora— ¿No le da vergüenza estar metiendo mano a mi alumna?

Despidiéndome de Suchín con un ligero pellizco en el erecto botón que escondían sus pliegues, me giré y cogiendo del brazo a la maestra, le pregunté quién le había dado permiso para hablar.

El terror que se reflejó en su rostro me confirmó que esa rubia del infierno además de un cerebrita era una estupenda actriz.

—Nadie, señor inspector —contestó.

—Quítate esa bata, no eres digna de llevarla —dije con tono duro y seco.

Nuevamente supe que había acertado observé que, bajo esa prenda, Irene iba vestida igual que la oriental y que sin que se lo tuviese que pedir, la rubia imitaba a su compañera apoyándose en la mesa.

«Será zorra», murmuré divertido al verificar que también que llevaba unas bragas de algodón y sin mediar palabra alguna, hice sonar la regla sobre una de sus blanquísimas nalgas.

—Cumpla con su deber, señor inspector, y muéstreme el buen camino —pidió con la voz teñida de deseo al experimentar ese sonoro escarmiento.

—Yo también quiero que me lo muestre— gritó Suchín todavía con las bragas a mitad del muslo.

Dejando a un lado el instrumento de medida, usé mis manos para ir alternando azotes entre las dos. Conociendo la debilidad de mi asistente por el sexo duro, le quité los calzones para que mis manotazos impactarían directamente sobre su piel. Irene en vez de quejarse, sollozó de placer pidiendo que los golpes más fuertes se los diera a ella.

La actitud de esas dos despertó a una bestia que desconocía que existiera en mí y usando mis manos como garras desgarré su ropa. Creo que ambas se asustaron al ver que lo que había empezado como un juego se estaba convirtiendo por momento en algo serio, pero nada pudieron hacer cuando una vez totalmente desnudas, las cargué sobre mis hombros.

—¿Dónde nos lleva señor inspector? —preguntó la rubia.

No me digné en contestarla y descargando mi carga sobre la cama, pedí a la oriental que si no quería recibir un duro escarmiento su amiga no se podía enfriar mientras volvía y sin mirar atrás, me dirigí hacia el armario. Si tal y como esperaba, habían copiado todos y cada uno de los muebles de mi casa y habían traído lo que tenía en ellos, en el tercer cajón estaba lo que buscaba.

—Aquí esta —me dije sacando de su interior unos conjuntos de cadenas africanas que me habían asegurado que en el pasado habían sido usadas por los negreros para controlar a sus favoritas.

Bajo el disfraz de joyas, un conocido me había explicado que eran de lo

más efectivas y por eso antes de encerrarme en la isla, me había hecho con cinco. Una para cada una de mis mujeres.

Al volver a la cama, la escena con la que me encontré me confirmó que la tailandesa había cumplido fielmente mis órdenes.

—Así me gusta, compartiendo como buenas amigas —comenté descojonado al contemplar las lenguas de ambas jugando con sus sexos en un sensual sesenta y nueve.

Dominada por el deseo, Irene no se percató de lo que ocurría hasta que después de sentir que le ponía un collar, escuchó cuatro clics al cerrarse sendos grilletes sobre sus muñecas y tobillos.

—Mi señor, gracias —musitó llorando al ver mi regalo.

Al comprobar que sus ojos se poblaban de lágrimas, quise saber el motivo de estas:

—Me ha colocado unas cadenas que antiguamente solo podía usar las esclavas llamadas a compartir el lecho de su dueño, esclavas del placer cuyo único destino en su vida era servir sexualmente a su señor.

—¿Y eso te incomoda? —pregunté.

Horrorizada lo negó:

—Mi señor, que haya pensado en mí me hace la mujer más feliz del mundo.

Interviniendo por primera vez, Suchín, soltando una carcajada, se levantó de la cama y me dijo si sabía usarlas. Por primera vez, fui consciente de que no eran solo una joya, sino que tenían un aspecto sexual que desconocía.

Al reconocérselo, me pidió que le diera la llave y tomándola entre sus manos, obligó a Irene a tumbarse sobre la cama mientras separaba los brazos y las piernas.

—Estas cadenas tienen tres enganches y una argolla que las une —me informó.

—¿Para qué sirven?

Me respondió uniendo dos de las cadenas con la argolla. Al hacerlo, Irene tuvo que echar los brazos hacia atrás y flexionar las piernas, lo que la obligó a poner su culo en pompa.

—Esta esclava del placer esta lista para ser tomada por su señor —murmuró muerta de risa señalando la humedad que lucía su coño totalmente indefenso.

No contenta con ello, la tailandesa localizó el clítoris de su amiga y se dedicó a acariciarlo mientras me terminaba de desnudar.

—Cabrona, me corro— rugió Irene incapaz de repeler el placer que la estaba dominando.

Ser testigo del modo en que mi rubia asistente se corría ante unas pocas caricias de la oriental me hizo sospechar que por algún motivo Suchín sabía mucho de ese tipo de joyas. Al preguntárselo directamente, me contestó:

—Lucas, no te olvides que soy una zorra fetichista y que disfruto de estos artilugios.

Riendo y ya sin ropa, me acosté a su lado mientras le pedía que me mostrara más de su funcionamiento. La tailandesa se mostró feliz al enseñarme que, al estar atada por atrás, cada vez que se movía ello representaba una tortura para mi asistente.

—Fíjate —me dijo y tirando cruelmente de una de las cadenas, me demostró que para compensarlo Irene tenía que doblar su espalda de un modo antinatural.

—¡Me duele! —chilló la rubia.

Soltando una nueva carcajada, Suchín le replicó:

—Pero te gusta, ¿verdad? —ante su silencio, introdujo dos dedos en el sexo de Irene y los sacó completamente embadurnados de flujo: —Tu coño no miente. ¡Estás cachonda! — y mirándome a los ojos, soltó: —Ya es hora de que su dueño tome posesión de ella. Esta puta no resistirá mucho más.

Haciendo caso a Suchín, me acerqué y poniendo una mano sobre la argolla, acerqué mi pene a su entrada. He de decir que estaba todavía jugando con sus pliegues sin haberlo metido cuando de improviso la cerebrita se vio inmersa en un brutal orgasmo y se corrió por segunda vez ante mis ojos.

Por un momento creí que estaba actuando, pero entonces y leyendo mi rostro, la tailandesa comentó:

—Lleva tanto tiempo sabiéndose tu sierva que no ha podido resistir entregarse al placer en cuanto te sintió cerca.

—¿De qué hablas?

—Irene se ha entregado a ti y ha obtenido el gozo supremo, el gozo reservado solo a las esclavas.

Poniendo en cuestión sus palabras, me pareció que no era suficiente y por ello, le separé las piernas para acto seguido acercar mi lengua a su cueva.

—¿Te reconoces totalmente mía? —pregunté mientras retiraba sus labios, despejando así el camino hacia su clítoris.

Pegando un gemido declaró que era hembra de un solo macho y que ese macho era yo. Satisfecho por su completa sumisión, acerqué mi boca a su sexo

mientras la tailandesa nos observaba.

Sin ningún tipo de recato al sentir mi respiración aproximándose, jadeó pidiendo que la tomara, pero fue al sentir que me apoderaba de su botón cuando berreando de placer imploró que dejara de torturarla y que me la follara ya.

—Lucas, ¿no ves que no para de correrse? Si no te la follas, la pobre se muere —musitó en mi oído la oriental.

Coincidiendo sus palabras, del interior de Irene y como si fuera un manantial, el flujo de la rubia manó derramándose por sus muslos. Intrigado por ese hecho, observé que en cuanto tocaba con mi glande su botón el caudal de líquido aumentaba exponencialmente y salía a borbotones mientras su dueña pasaba de la excitación al placer sin darse cuenta.

—No seas capullo, ¡hazlo ya! —pegando un grito me exigió su compañera al comprobar que Irene comenzaba a estar agotada.

Apiadándome de ella, me coloqué entre sus piernas, y cogiendo mi extensión con la mano, acerqué el glande a su entrada. No me hizo falta preguntar si estaba lista porque la rubia al verlo, levantando su trasero, se introdujo ella misma mi pene hasta el fondo de su sexo.

—¡Por fin soy de mi señor! —aulló con una felicidad a todas luces exagerada y mientras ella no dejaba de sollozar por el placer que le estaba dando, decidí ir moviéndome lentamente.

Siguiendo nuestras maniobras con atención, Suchín esperó a que mi extensión estuviera totalmente embutida en ella para decirme:

—Tira fuerte de las cadenas.

Obedeciendo, no me paré a pensar que al jalar de ellas iba a forzar la columna de mi asistente y agarrándolas, las usé como anclaje para lanzarme al galope. No tardé en escuchar los gritos desesperados de la rubia, ya que cada vez que acuchillaba su interior con mi estoque, tiraba de los eslabones y le doblaba de manera cruel su espalda.

Contra los principios que había manado desde niño, no pude o no quise parar al sentir que sus chillidos eran música celestial en mis oídos y porque además al retorcerse de dolor, con ese instrumento de tortura con forma de joya, su vagina se contraía presionando mi sexo de una manera nueva y placentera.

Es más, creo que incluso incrementé el ritmo con el que la penetraba al sentir que todos y cada uno de mis nervios se contraían previendo la llegada de un violento orgasmo. Incluso Suchín se vio afectada y mientras todo mi ser

era pasto de un incendio, pellizcándose los pechos y masturbándose buscó ella también el placer.

Reconozco que fue algo brutal y que mientras mi simiente era derramada en su interior, Irene no aguantó más y se desplomó sobre la cama. La nueva postura incrementó más si cabe la presión sobre mi extensión y grité:

—¡Dios! ¡Qué placer!

El esfuerzo debió ser demasiado para mí porque solo recuerdo que al cabo del tiempo abrí mis ojos y me encontré con la tailandesa a cuatro patas mientras lucía sus cadenas y a Irene preguntando si tenía fuerzas para follarme a la última de mis mujeres.

Con una sonrisa, respondí:

—El día que no pueda echar dos polvos seguidos preocúpate porque tu dueño estará muerto...

Todavía no había llegado la tormenta y ya empezábamos a darnos cuenta de lo que había perdido. La más afectada de nosotros fue la colombiana. Akira, la japonesa, y yo tenemos que consolarla...Relato 100% inédito.

Cap. 8

Consolando a Adriana

He de decir que esa tarde sorprendí incluso a la fetichista y lo hice por mera casualidad. Después de hacerle el amor, enlacé sus cadenas con las de Irene, de forma que cada vez que una se movía, la otra sentía una descarga de energía sexual que la ponía bruta. Juro que lo hice en plan de broma, pero sin preverlo descubrí un método de tener controladas y felices a mis mujeres.

—Hay que reconocer que me será útil en el futuro —asentí al ver que ambas caían derrotadas tras el enésimo orgasmo que habían compartido.

Encantado con mi descubrimiento, decidí comprobar si con Johana y Adriana tenía el mismo efecto. Pero asumiendo que faltaban nada más cuatro horas para que la tormenta pasara por la isla, comprendí que debía esperar a la noche para hacer el experimento y dejando a mis dos putitas enlazadas entre ellas, me levanté a dar una vuelta.

Al salir me encontré a la enorme morena organizando un evento para esa noche en mitad de la plaza.

—¿Y esto? —pregunté al ver que habían acumulado montañas de leña en la plaza.

—Adriana ha pensado que la mejor forma para pasar las próximas horas y que la gente no piense en el desastre, es montar una fiesta con fuego al estilo mediterráneo y que su llamas compensen la falta de electricidad.

Mis años pasados en España me permitieron adivinar que se refería a las noches de San Juan en las que la gente bebía, bailaba y se amaba alrededor de una hoguera.

—Me parece una idea estupenda —tras meditarlo unos segundos concluí recordando lo divertidas que eran esas fiestas que se realizaban durante los solsticios de verano.

Al saber que mi presencia distraía tanto a Johana como al resto de sus ayudantes, fui a comprobar que había preparado Akira como responsable de la sala de computo. Como todo el sistema informático se había instalado a buen recaudo en el fondo de la mina, me dirigí hacia ahí.

Al contrario que la primera vez, los trece pisos bajo tierra me parecieron

eternos y al salir agradecí a los dioses que todavía no hubiese llegado la tormenta y siguiera la luz eléctrica.

«Coño y ¿qué va a pasar cuando tengamos que cortar todo el fluido eléctrico?», me dije pensando en que la gente que le pillara allí no iba a poder salir hasta que lo reestableciéramos

Aunque tenía en mente que esa fuera la primera pregunta que hiciera, quedó en el tintero porque al entrar en su oficina, me encontré con que la colombiana estaba llorando entre los brazos de mi sumisa.

—¿Qué le pasa? —pregunté completamente fuera de onda ya que la idea que tenía de Adriana era la de una mujer feliz y optimista.

—Llora por lo que hemos perdido —contestó Akira sin dejarla de consolar.

Mirándome con el dolor reflejado en su rostro, la propia hispana se lamentó:

—Siento estar así, pero me he quedado pensando en que lo que hemos perdido y desde entonces no he parado de llorar.

—Te comprendo perfectamente —contesté con un nudo en mi garganta: —No sería humana si lo no echaras de menos el Louvre...

—La música de Bebo Valdez —me interrumpió.

—El concierto de año nuevo —dijo Akira.

—Las arepas de la Mulata en Cartagena.

—El suchi de Saito...

Durante Diez minutos estuvimos recitando las cosas que íbamos a echar de menos y solo cuando caímos en que podíamos seguir todo el día y apenas habríamos comenzado, empezamos a reír.

—Ahora toca lo que no vamos a echar en falta. Empiezo yo...¡los políticos! —soltó la oriental.

Alzando su voz, Adriana reclamó a Akira qué era lo que tenía en contra de Irene. Tras un momento de indecisión, la bella oriental comprendió que dentro de nuestro experimento social esa rubia era lo más parecido a un político que teníamos y por ello, riendo replicó:

—No te olvides que si ese cerebritito con tetas es la primera ministro, mi dueño es el presidente.

—¿Y yo que soy? ¿la ministra de sanidad?— preguntó la colombiana.

—No cariño —dije yo cogiendo uno de sus enormes pechos entre mis manos— eres mi vaca lechera particular.

El gemido de deseo que surgió de su garganta me hizo continuar y

atrayéndola hacia mí, comencé a amasar su trasero mientras le susurraba lo mucho que me gustaba.

—Primor, para o no respondo— gimió al sentir que metía mi mano por debajo de su falda.

Asumiendo que tenía que apoyarme, Akira se unió a mi ataque y arrodillándose, hundió su cara entre las nalgas de la morena.

—Tu zorra me está chupando el ojete —dando un suspiro me informó Adriana.

—Como la sumisa que es, sabe lo que su dueño desea en cada momento —respondí mientras mordía uno de sus gruesos y negros pezones.

—Lucas, nunca me han roto el trasero— un tanto preocupada me informó.

Pasando olímpicamente de sus miedos, repliqué:

—Eso es algo que voy a solucionar ahora mismo.

Akira incrementó la profundidad con la que su lengua forzaba el vaginal esfínter de la hispana al oírme decir que iba a tomarla por ese agujero mientras Adriana por su parte intentaba tranquilizarse.

—Por favor, ten cuidado —dijo temerosa de las consecuencias de mi asalto.

Riéndome de ella al ver su espanto, contesté:

—Tranquila preciosa, piensa que mi pene es un estoque y que lo nuestro es un duelo... pararé ante la primera sangre.

Mi recochineo no le hizo gracia alguna e intentó protestar, pero entonces y contra todo pronóstico, Akira le soltó un sonoro azote mientras hundía uno de sus dedos en su trasero.

—Tu puta me está sodomizando sin mi permiso —protestó Adriana al notar que no contenta con haber traspasado su entrada trasera, la oriental estaba metiendo en su culo el dedo gordo de su mano.

Soltando una carcajada, repliqué:

—Te equivocas. En este momento, mi puta eres tú y Akira solo te está preparando para mí.

—Mi señor también está errado —me rectificó la oriental incrustando un segundo dedo en la hasta entonces inexplorada entrada de la morena:— Adriana es nuestra putita ya que somos los dos los que vamos a hacer uso de ella.

Tener dos dedos hurgando en su interior hizo temblar a Adriana y con los nervios a flor de piel, nos imploró que tuviésemos cuidado.

—Lo tendremos, zorra —contestó Akira—. Tendremos cuidado en no

parar hasta que este hermoso culo esté destrozado de tanto usarlo y mirándome a los ojos me pidió que me la follara mientras terminaba de relajarle el ojete para mí.

No tuvo que repetírmelo otra vez, sentándome en una silla, obligué a Adriana a empalarse con mi verga mientras la que se había presentado ante mí como sumisa, usaba un tercer dedo para hurgar dentro de ella.

—Primor, me encanta sentir tu hombría llenándome por completo— musitó en mi oído buscando mi favor.

Con su característico acento, la oriental contestó por mí:

—Mas te va a gustar cuando estés preñada y le cueste entrar.

Curiosamente el que le hablara sobre el día en que se quedara embarazada, calentó a la colombiana y pegando un sollozo, le dijo si creía que ya estaba lista. Revisando su esfínter, Akira contestó:

—Apóyate sobre la mesa. En esa postura te dolerá menos.

Asumiendo que la japonesa tenía razón, Adriana puso su pecho sobre la mesa mientras separando sus nalgas, me ofrecía su rosado y virginal agujero. He de decir que me quedé pasmado al ver la rotundidad del trasero de la morena y pasando mis manos por sus cachetes, embadurné por última vez mi verga en su coño para acto seguido posando mi glande, empecé a recorrer las rugosidades de su ano.

Esperaba todavía resistencia por su parte, pero en vez de quejarse, pegando un aullido Adriana me confeso que estaba hirviendo y que deseaba sentir por fin lo que se sentía al ser usada por atrás.

Solté una carcajada al escuchar que para entonces deseaba lo mismo que yo.

—Desde que te conozco, he soñado con romperte el culo— susurré mientras alternaba las caricias entre su sexo y su ojete.

—Dame caña, primor —oí que me gritaba al sentir que mi sexo se iba lentamente introduciendo en su interior.

Acercándose a ella, Akira le mordió los labios mientras le decía:

—Leña es lo que te vamos a dar.

Haciendo honor a sus palabras, la japonesa empezó a marcarme el paso con azotes sobre la hispana. Me pareció una buena idea y colocándolo en su sexo, de un solo empujón le embuté mi miembro hasta el mango. Adriana se retorció como una local creer que la había partido por la mitad, pero haciendo caso omiso a sus deseos, seguí desflorando con decisión su ano.

—Me duele —gritó la morena.

—Tranquila, pronto comenzarás a sentir placer —le dijo Akira mientras se subía a la mesa para poner su coño en la boca de la suramericana.

Esta comprendió que se requería de ella y lanzándose entre las piernas de la amarilla, sacó la lengua para sorber la esencia de la diminuta mujer mientras bajando su mano, se empezaba a masturbar en un intento de acelerar ese trámite.

No perdí mi oportunidad de disfrutar de ella y siguiendo el ritmo que me marcaba mi sumisa, me dediqué a demoler las últimas reticencias de la morena.

—¡Qué gozada! —me informó meneando sus caderas y sin dejar de torturar su clítoris.

Ese gemido me hizo comprender que el dolor había pasado y que el placer la estaba dominando. Asumiendo que ya no le haría daño, decidí incrementar la velocidad de mis penetraciones, por lo que fui acelerando hasta que ese trote suave se convirtió en un desbocado galope.

—Primor, ¡me matas! —gritó con la respiración entrecortada.

Sabiendo que esa muchacha estaba a punto de correrse y decidí profundizar en su doma y cogiendo sus pechos con mis manos y usándolos de agarraderas, me lancé en tromba hacia el horizonte.

Forzando aún más su postura, Akira tiro de su melena mientras yo no dejaba de empalarla. Ese doble y rudo trato elevó su calentura hasta límites insospechados y chillando de placer, nos informó de que se corría.

—Hazlo, pero no pares de comerme —le exigió la oriental.

Como si hubiese abierto una espita, al correrse su flujo corrió libremente por sus piernas impregnándonos con su aroma a hembra saciada y eso me dio alas para seguir apuñalando con mi escote su culo alargando sin querer su orgasmo.

Nuevamente unos chillidos llegaron a mis oídos, pero esta vez fueron los de mi oriental que incapaz de contenerse más se había dejado llevar.

—No pares de moverte —grité contagiado y sintiendo un clímax pocas veces sentido, eyaculé en el interior de la morena, para acto seguido tumbarme a su lado sobre la mesa.

—Primor, eres un maldito perverso. No te da vergüenza abusar de la zorra de tu sumisa nada más terminar de romper mi culo —escuché que me decía.

La sonrisa de Akira no tuvo desperdicio y mientras me recuperaba, buscó los besos de la colombiana

Cap. 9

Mi pequeña y dulce negrita se entrega a mí

Todavía no me había recuperado de hacer el amor a mi adorada Akira cuando Adriana empezó a meternos prisa diciendo que solo teníamos diez minutos antes de que el programa que había diseñado clausurara esas instalaciones.

—Lucas, todo aquel que esté aquí después de eso no podrá salir hasta dentro de una semana y aunque tenemos víveres suficiente para aguantar ese encierro, no creo que sea algo que quieras soportar.

Entendiendo que el plan buscaba proteger los elementos eléctricos de la mina, ayudé a la japonesita a vestirse y acompañado de mis dos mujeres, tomé el ascensor apenas cinco minutos antes de que dejara de funcionar.

En la salida, nos esperaba Johana. Supe de la angustia que había pasado al no saber si nos daría tiempo de salir cuando con lágrimas en los ojos sollozó en mi oído:

—Pensé que mi señor se había olvidado de mí.

El dolor de su tono me enterneció y acercándome a ella, levanté la cabeza, me puse de puntillas y la besé:

—Mi adorada negrita es demasiado importante y sexy para que me olvide de ella.

La felicidad de ese bello, aunque extraño saco de músculos se incrementó por mil cuando pasando mi mano por su duro trasero, comenté:

—Llevo soñando con oírte berrear de placer todo el día y esta noche pienso hacerte mía.

—Mi señor, eso va a ser imposible —la militar contestó.

Creyendo que me habían organizado algo después de la hoguera me molesté y alzando la voz, le dije que fuera lo que fuese lo que la zorra de Irene había planeado, que lo olvidase.

—No es eso... digo que es imposible que vuelva a hacerme suya porque ya lo soy en cuerpo y alma... —y exagerando su actuación se desgarró la camisa diciendo: —Si mi señor no me cree, le voy a pedir a Suchín que me

tatúe en el pecho que soy propiedad exclusiva de mi amo, el único hombre que me ha tenido y me tendrá, Lucas Giordano.

Sonreí al ver que la respiración agitada de esa mujer y acercándome a ella, no tuve que agachar la cara para que mis labios se apoderaran de su pezón y tras mordisquearlo unos segundos, levantando mi mirada, repliqué:

—Tengo una duda.

—¿Cuál mi señor?

—Si te dejo embarazada esta noche, será por la tormenta o porque mi negrita además de un poco putilla está cachonda y en sus días fértiles.

—No sé cómo lo ha adivinado pero su negrita está ovulando.

—Entonces si hoy te poseo, hay muchas posibilidades de dejarte preñada.

—Sí, mi señor. Habría muchas posibilidades de que me embarace.

—¿Y te gustaría? —insistí al no saber interpretar la expresión de su rostro.

—Ser madre de un hijo de usted me haría enormemente dichosa... ¿realmente está pensando en hacerlo?— preguntó como si no llegara a considerarlo posible.

Agarrándome nuevamente a uno de sus enormes senos con la boca, respondí.

—Siempre que mi negrita me deje mamarle sus tetitas, me da morbo pensar en el volumen de tus tetas mientras alimentas a mi hijo.

—Mis pechitos y todo el resto de mi diminuto cuerpo pertenecen a mi señor —respondió muerta de risa.

Incrementando mi acoso, acaricié el trasero de la militar mientras le preguntaba si tenía tiempo de echar un polvo antes de tener que organizar el encendido de la hoguera. Johana me sorprendió al contestar sin dejar de reír si se ponía a cuatro patas ahí mismo o su dueño prefería que lo hicieran en la casa.

—¿Tenemos tiempo de ir y volver?

—No —respondió la musculosa mujer mientras se quitaba los pantalones que llevaba.

—¿Qué haces? —exclamé descojonado al ver que hincaba sus rodillas frente a mí.

—Ofrecerme a mi señor— replicó y cogiendo las bragas con su mano derecha, las hizo trizas sin dejar de sonreír.

Tanto Adriana cómo Akira, aprovecharon la escena para en plan de guasa poner en duda mi hombría, pero lo que realmente me empujó a poseer a la morena fue escuchar a la japonesa decir:

—Acostumbrado a un coño pequeño como el mío, nuestro hombre teme que su pene naufrague en el de ella.

Cabreado hasta el tuétano por el desprecio que en cierta forma eso suponía sobre la que también era mi mujer, agarré del pelo a la oriental y llevándola hasta la negra, le ordené que metiera su lengua en el interior de Johana.

Admitiendo su error y con lágrimas en los ojos pidió perdón tanto a mí como a la enorme militar, pero entonces dando un azote con todas mis fuerzas sobre sus ancas, le exigí que obedeciera.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó mientras masajeaba su enrojecido trasero.

—Te he pedido que metas la lengua en el chumino de Johana— repetí descargando un nuevo y doloroso azote.

Sin hablar ni ofrecer cualquier tipo de resistencia, Akira separó las nalgas de la mujer y acercando la cara a su sexo, le dio un primer lametazo.

—He dicho que se la metas, no que la chupes —lleno de ira reclamé.

No sé si a la oriental le dolió más mi indignación o el hecho que no le soltara un nuevo mandoble, lo cierto es que sollozando como una Magdalena usó su lengua para penetrar hasta el interior de la morena.

—Otra vez —exigí mientras comparaba riendo el pálido y diminuto cuerpo de la japonesa con la exuberante anatomía de Johana: —O tendrás que dormir a la intemperie durante un año.

Mi amenaza azuzó la acción de su lengua y sin dejar de follarla con ella, se dedicó con pasión a morder, lamer y torturar el clítoris de su compañera.

—Señor, como esta puta siga devorando mi coño así, ¡me voy a correr! —me anticipó la militar.

Me reí y mirando a la colombiana, le ordené que ayudara a su amiga. Adriana no necesitó que repitiera esa orden y metiéndose debajo de la comandante, tomó uno de sus pezones entre los dientes mientras con la mano pellizcaba el otro.

Johana al sentir ese triple ataque, no pudo más y pegando un largo y penetrante aullido, se dejó llevar por el placer.

—¿Qué coño hacéis? ¡Nadie os ha dado permiso para dejar de hacer lo que estabais haciendo! —de muy mala leche exigí al ver que satisfechas con haber hecho que la morena se corriera tanto Akira como Adriana habían parado.

De inmediato, las dos reanudaron sus caricias y viendo que había llegado mi momento, sacando mi miembro, empalé a la morena.

—¡Fóllese a su negrita! ¡Mi señor! —exclamó llena de felicidad Johana.

Ni que decir tiene que le hice caso y es que esa mole de mujer tenía un chocho tan pequeño y estrecho que me volvía loco.

—Me encanta hacerlo, ¡nunca lo dudes! —proferí y a modo de banderazo de salida, me agarré a sus ubres.

Adriana al ver que me apoderaba de las tetas de la morena, cambió de objetivo y uniendo su lengua a la de Akira, se dedicó a torturar el erecto botón que Johana escondía entre sus pliegues.

—¡Si paráis os mato! —amenazó la militar a sus dos compañeras al sentir que nuevamente el gozo se iba acumulando entre sus piernas.

Me hizo gracia esa amenaza, pero aún más que llegando por el camino, Irene y Suchín empezaran a aplaudir al oír los gritos de placer que daba la militar cada vez que hundía mi estoque en su interior.

—Mira la cara de puta que pone la yegua de nuestro amo —comentaba la rubia.

—¡Y cómo relincha! —contestaba muerta de risa la tailandesa.

—Reíros zorras, pero es a mí a quien nuestro dueño está domando —bramó enfadada y con las venas hinchadas la gigantesca mujer.

—Mi pequeña, concéntrate en ti y en el placer que te regalo —le pedí tirando suavemente de su pelo.

Esa dulce reprimenda y el hecho que la llamara mi pequeña desarboló a Johana y como un barco con las velas rotas en un temporal, se dejó zarandear por mí mientras unía un orgasmo con el siguiente.

—¡Preñe a su negrita! —sollozó presa del placer.

Haciendo caso a esa tierna, aunque inmensa mujer, me dejé llevar esparciendo mi simiente en su fértil sembrado con la esperanza que a raíz de esa tormentosa y fatídica noche surgiera un nuevo amanecer en forma de mi primer hijo.

Johana al sentir mis aldabonazos en su útero cayó rendida dándome las gracias.

—Cariño, soy yo quien debe agradecer que una mujer tan bella como tú, me haga caso y por ello te informo que Irene y Suchín serán tus esclavas personales hasta que vuelva la electricidad y ya que poca cosa pueden hacer sin luz, te sugiero que les ates con sendas correas para que te acompañen cuando vayas a comprobar las diferentes instalaciones. ¿Te parece bien?

—Sí, mi adorado y querido amo —respondió la morena mientras a un par de metros mi asistente y su amiga tailandesa palidecían.

Cap. 10

La hoguera.

Estaba poniéndome colonia cuando Irene entró al baño y haciendo gala de lo resolutivo de su carácter, directamente entró al trapo diciendo:

—Lucas, creo que tenemos que hablar.

—¿Qué es lo que pasa? —pregunté dando por sentado que, si a ese cerebritito le preocupaba algo, tenía que prestarle toda mi atención.

—Acabo de caer en que en mi análisis no tomé en cuenta que la mayoría de los que van a ser nuestros paisanos vienen de democracias consolidadas.

—¿Y?

Mirándome alucinada, continuó diciendo:

—A la larga y aunque no puedan exteriorizarlo, querrán elecciones... como sabes en mi planteamiento inicial, tu papel sería el de un rey sin corona y sobre todo sin necesidad de un nombramiento oficial.

—Te sigo —mentí porque realmente no sabía a donde esa mujer quería llegar.

—Creo que aprovechando que esta noche todos vamos a estar alrededor de la hoguera, nos anticipemos a ello y demos un golpe de efecto.

Observando a mi asistente supe que iba a ser testigo de una nueva muestra de su carácter manipulador y por ello tomando asiento, pedí a la rubia que me explicara que era lo que había planeado.

—Lucas vas a informar a la gente que deben votar a su nuevo dirigente y que renuncias a presentarte como candidato, para que ante ese vacío yo salga elegida casi por unanimidad.

—¿Y porque haría eso yo? ¿Qué ganaría con ello? —molesto pregunté.

Viendo mis reticencias, se echó a reír diciendo:

—Mi amado y adorado Lucas, ¿todavía no te has dado cuenta de que, aunque soy una zorra, ante todo te soy fiel? —me dijo para acto seguido continuar diciendo: —Cuando renuncies a presentar tu candidatura, me levantaré hecha una fiera y me negaré a aceptarlo... y conmigo una docena de mujeres cuidadosamente elegidas.

—Ahora sí que me he perdido —reconocí.

—Al estar grabado en las mentes de todos ellos la completa subordinación a ti, se sentirán perdidos al oír tus deseos y verán en mi oferta, una salida a sus miedos.

—¿De qué oferta hablas?

—Antes de lanzarme como candidata, pediré que nos constituyamos en asamblea para formalizar tu nombramiento como presidente vitalicio de Sabiduría.

—¿Sabiduría? ¿Así piensas llamar a nuestro pequeño estado?

—Es solo un nombre, mi rey y futuro presidente. ¿Podemos ponerle el que usted prefiera!

Aceptando sus planes, pedí que se acercara a mí. Al tenerla a mi lado, la cogí entre mis brazos y poniéndola sobre mis piernas, la regalé con una serie de azotes.

Muerta de risa y en vez de quejarse, me preguntó a que se debía ese regalo. Incrementando la fuerza de mis nalgadas, contesté:

—¿No pensarás que te he creído?

Su callada por respuesta confirmó mis sospechas.

—Me imagino que este plan lleva meses diseñado y que las otras cuatro furcias con las que convivo lo conocen antes que yo.

—Así es mi señor, pero no se enfade —respondió poniendo cara de ángel: —No se lo habíamos contado para no preocuparlo.

El descaro de esa mujer me hizo gracia, pero al no querer exteriorizarlo para que no se diese cuenta de lo mucho que me gustaba, cambié de tema y dando un último azote sobre el enrojecido culo de la rubia, comenté:

—Se llamará Refugio en honor a lo que hemos perdido y para que sus habitantes se llamen entre ellos refugiados. Así por muchas generaciones que pasen nunca olvidaran que es su deber reconstruir el mundo que hemos perdido.

—Me gusta, mi señor... —respondió la rubia mientras se levantaba— ... así cuando extraños a este lugar escuchen su nombre querrán unirse a nosotros.

Me entraron ganas de poseerla, pero mirando el reloj supe que no tenía tiempo. Asumiéndolo abrí el cajón de mi mesilla y sin dejar de sonreír saqué unas bragas bastante atípicas.

—¿Y esto? —me preguntó al ver que ponía en sus manos un cinturón de castidad.

—Póntelo ahora mismo —respondí.

—¿Va en serio? —insistió al ver que llevaba adosado dos penes de

plástico.

Ni siquiera respondí y sin dejar de observarla, esperé a que se incrustara uno en el coño, reservando el pequeño para su culo. Entonces y solo entonces, sacando un mando a distancia los encendí diciendo:

—Vamos a comprobar si eres capaz de dar un discurso mientras te corres.

Muerta de risa, cerró el siniestro artilugio para acto seguido responder:

—Mi señor es muy malo. Va a conseguir que su potrilla tenga ganas de ser montada.

Descojonado, incrementé la vibración de ambos aparatos mientras le decía:

—Eso no tiene nada de raro. Siempre estás cachonda.

Sin dejar de reír, siguió quejándose de camino a la hoguera.

—La primera medida que tendrá que tomar como presidente va a ser apagar el fuego de su primera ministra.

Pasando mi mano por su sexo, contesté mientras incrementaba la vibración de esos chismes:

—¿Fuego? Lo que tienes es una inundación.

La rubia tuvo que detenerse al sentir que sus piernas flaqueaban.

—¿Te pasa algo? —comenté al saber que debido a los dildos que llevaba incrustados de haber seguido andando a buen seguro se hubiera dado de bruces contra el suelo.

—¿Usted qué cree?— bufó mientras unas gotas de sudor hacían su aparición en su escote.

Aumentando la intensidad de esa tortura, pedí a mi asistente que acelerara el paso porque íbamos a llegar tarde.

—Apenas puedo respirar —se quejó incapaz de moverse.

La casualidad quiso que, en ese preciso instante, Johana y Suchín aparecieran por el pasillo y tras conocer el problema de su compañera, la negra me preguntó si se la echaba al hombro.

—Te va a mojar la ropa —respondí señalando la humedad que corría ya por sus muslos.

Sorprendiendo a propios y a extraños, la exsoldado dejó caer los tirantes de su vestido y quedándose en bragas, contestó:

—Mi señor tiene razón. Sería una pena mancharme solo porque una puta no sea capaz de controlarse.

Despelotado observé que mientras Suchín recogía del suelo el vestido, Johana se cargaba a Irene como si fuera un fardo.

—Putá, me estás mojando los pechitos —protestó la comandante.

Reconozco que me hizo gracia que la morena se siguiera refiriendo a sus enormes cántaros con ese diminutivo y buscando que mi asistente se sintiera usada, comenté:

—¡Qué vergüenza! En cuanto llegemos a la hoguera, ¡habrá que solucionarlo!

—Yo puedo limpiárselos —dijo la japonesa sacando la lengua en plan provocativo.

A carcajada limpia, respondí:

—Zorrita mía, tu boca va a estar ocupada conmigo, que sea la causante la que repare el daño.

Suchín sonrió al escuchar mis palabras y pegándose a mí, me pidió al oído que le diera un anticipo. Conociendo su faceta sumisa, la complací con un duro azote sobre sus nalgas.

—Os amo, mi señor —sollozó satisfecha...

Al llegar a la hoguera, me encontré con que habían dispuesto una completa escenografía para dar relevancia a mi persona. Y es que no solo me habían preparado una especie de trono, sino que lo habían situado por encima del resto de la gente. Me quedó claro que estaba hecho a propósito y más cuando observé que mis cinco mujeres se sentaban a mis pies dando la imagen de ser parte de un antiguo harén.

Estaba fijándome en lo extraño que era eso entonces cuando una mujer tipo hindú que no conocía y ejerciendo de portavoz, me saludó diciendo:

—Don Lucas, gracias... todos los presentes solo podemos darle las gracias. Usted nos salvó del caos y junto a usted, volveremos a llevar la civilización al mundo.

Los aplausos acallaron su voz y muy cortado miré a Irene. Nada más echarle una ojeada, supe que esa zorra me había engañado porque, olvidándose de lo hablado, estaba totalmente concentrada lamiendo las enormes ubres de Johana.

El plan era que esa puta manipuladora hablara en mi nombre, pero al advertir que podía quedarme sentado porque estaba más interesada en saborear a la negra que cumplir lo acordado, tuve que levantarme a agradecer los aplausos.

Nuevamente la hindú alzando la voz comenzó a alabar mi visión y ante el público congregado explicó con todo detalle cuando me había enterado del

apocalipsis que se cernía sobre la humanidad.

—Esta tía está loca, ¡se nos van a echar encima!— murmuré mientras miraba acojonado a Johana creyendo que no tardaría en tener que intervenir.

—No lo creo —levantando su mirada, mi asistente replicó antes de lanzarse en picado sobre el chocho de la ex militar.

A través de los altavoces, la exótica y elocuente asiática seguía explicando la cantidad de llamadas que realicé para convencer a la clase dirigente de lo que se avecinaba.

—¿Y sabéis lo único que nuestro benefactor consiguió?... —dejó la pregunta en el aire—... ¡Qué lo tomaran por loco!... ¡Eso consiguió!... ¡Un pasaporte casi seguro a un manicomio!

El dramatismo de su voz consiguió que la gente se mantuviese callada y entonces levantando el puño mientras señalaba a sus oyentes con la otra, les gritó:

—Pero... ¿creéis que eso le paró?... ¡No! Lucas Giordano sabía que tenía el deber de salvar a la humanidad y por eso os seleccionó uno por uno.

La gente estaba impactada y la portavoz lo aprovechó para decir:

—Sí, ¡mirad al frente! Este hombre, Lucas Giordano, os considero dignos de ser la semilla de un nuevo comienzo.

Bajando el tono, la hindú prosiguió:

—En unos minutos cuando ese reloj marque las siete, nuestro líder encenderá esta hoguera y con ello marcará un nuevo comienzo... y todos haremos honor a la fe que Lucas puso en nosotros dedicando nuestras vidas a la reinstauración de la civilización en el mundo —nuevamente, hizo un silencio dramático, para concluir diciendo: —Hermanas y hermanos, ¿haréis honor al hombre que os libró del caos?

Un rugido unánime dijo que sí y como si fuera algo preparado, toda la plaza comenzó a corear mi nombre.

—Mi señor, es la hora —susurró Akira en mi oído.

Sin saber qué decir miré a Irene y caí en la cuenta de que tenía que apagar los consoladores que había clavado en ella antes del amanecer y cediendo el mando a Adriana, le pedí que lo hiciera ella.

—Si es por mí, que se le achicharre el culo —dije cabreado y sabiendo cual era el papel que esos diez mil afortunados deseaban de mí, me levanté y encendí la hoguera.

El volumen y la rapidez con la que se extendieron las llamas ratificaron que todo era parte de un montaje y por eso cuando de detrás del fuego

surgieron dos grupos de actores, comprendí que Irene y Johana lo habían planeado juntas.

—Sois un par de putas —comenté a la enorme morena.

—Mi señor, espere a que terminen para opinar —contestó mientras disfrutaba del modo en que mi asistente se sumergía entre sus piernas.

Un atronador sonido desde el escenario llamó mi atención.

«La tormenta solar», musité entre dientes mientras observaba que al igual que yo, el resto del público parecía estar hipnotizado siguiendo la escena.

En el improvisado escenario, los actores se mostraban tranquilos al comprobar que uno a uno sus aparatos comenzaban a fallar, pero su actitud cambió por el hambre. Al confrontar el hecho que sus despensas quedaban vacías se lanzaron unos contra otros con una violencia suicida.

«Eso es exactamente lo que debe estar pasando en este momento fuera de esta isla», me dije mientras dos surcos de gruesas lágrimas discurrían por mis mejillas.

Uno a uno los personajes fueron cayendo producto de su insensatez hasta que el último antes de pegarse un tiro, gritó al público:

—¡No creímos a Giordano!

El silencio se podía mascar y fue entonces cuando la joven hindú que había ejercido de portavoz salió al escenario y comenzó a cantar:

—Escucha hermano la canción de la alegría.

Levantándose de mi lado, Irene se unió:

—El canto alegre del que espera un nuevo día.

Una pelirroja espectacular salió de entre el público y con una voz demasiado profunda para su belleza continuó:

—Ven canta sueña cantado, vive soñando el nuevo sol.

Desde mi izquierda, un hombre casi totalmente tatuado se unió a ellas:

—En que los hombres, volverán a ser hermanos

Los cuatro juntos alzando sus brazos pidieron a la gente que se les uniera. La respuesta fue unánime, diez mil gargantas cantaron a la vez esa versión de la novena sinfonía de Beethoven que popularizara a principios de los setenta, Miguel Ríos...

Cap. 11

La madre de todas las orgias

Tras el dramatismo con el que había dado comienzo esa extraña fiesta, Irene había proyectado una serie de actuaciones y mientras pedía explicaciones a la militar, mi asistente presentó al primer grupo.

—¿Me puedes explicar que es lo que os proponéis? —susurré en el oído de la gigante.

—La gente debe mantenerse despierta y debemos mantenerles en tensión para que puedan sentir la tormenta cuando llegue ante nosotros.

Por algún motivo no me tragué esa patraña y menos cuando tras un par de actuaciones, la hindú recordó que solo faltaban tres horas para que nos alcanzara el desastre. El nerviosismo de los presentes se incrementó de sobremanera al recordárselo y desde mi privilegiada posición observé que el número de personas pidiendo una copa se incrementó exponencialmente.

Con la mosca detrás de la oreja, comencé a meditar sobre las razones por las que a ese par de putas le interesaba mantener la angustia entre la gente. Sobre el escenario el nuevo conjunto hizo olvidar momentáneamente el caos que había fuera hasta que al terminar la jodida asiática informó que quedaban solo ciento veinte minutos para su llegada.

«¿Estas tías de que van?», me pregunté al descubrir los primeros conatos de pelea.

Al segundo grupo le resultó más difícil relegar a un rincón la angustia y solo casi al final de su actuación, la gente comenzó a tararear cuando empezaron a versionar a los Beatles con sus pegadizas melodías.

«Los están sometiendo a una montaña rusa emocional y no entiendo por qué», pensé fijándome en la actitud nerviosa e intranquila de todos.

Al terminar la actuación el grupo dejó su puesto a la hindú, la cual en esta ocasión se hizo acompañar por compañeros de su casa y tras dar las gracias a los cantantes, comentó:

—Todos nosotros sabemos que gracias a Lucas Giordano tenemos un futuro, pero en mi caso le quiero agradecer también el haberme dado una familia que me quiere y a la que quiero —tras lo cual, y mientras el público

me ovacionaba, besó a una guapa pecosa que tenía cogida de la cintura.

Hasta ese momento no me había planteado si la gente era consciente de haber sido seleccionada para formar grupos familiares sólidos.

«No me puedo creer que no se habían dado cuenta que en las casas de sus vecinos también se habían formado nexos afectivos», pensé al descubrir las caras de estupefacción de los presentes viendo que, sobre el escenario, la hindú y los otros seis componentes de su familia se besaban unos a otros sin pudor.

No tuve que machacarme mucho los sesos para entender que en muchos de los grupos nadie se había atrevido a dar el paso y permanecían en silencio. Asumiendo que necesitaban un empujón, le pedí un micrófono a Suchín. La japonesa debía estar esperándolo porque “curiosamente” tenía uno a mano.

—Sois unas zorras —comenté mirando a mis cinco mujeres y encendiendo ese instrumento de sonido, me dirigí a la concurrencia: —Amigos, desde que supe de la existencia de la tormenta, comprendí que no tendríamos tiempo... porque en menos de una o dos generaciones nuestro pueblo debía ser lo suficientemente fuerte para extender la civilización por todo el mundo.

Con los ojos de la multitud clavados en mí, me tomé unos segundos antes de continuar:

—Os he de confesar algo. Todos los que vivimos en esta isla hemos sido agrupados en las casas tomando en cuenta nuestros caracteres y preferencias para que pudiésemos ser capaces de formar hogares estables. A partir de aquí, seguid vuestro corazón y vuestro libre albedrío. Nadie os presiona, pero debéis saber que sois compatibles.

Para un buen porcentaje de los que me escuchaban era algo impensable y por ello ejerciendo de ejemplo comenté:

—Al llegar a la que hoy es mi casa, solo conocía a Irene Sotelo, mi asistente.

La rubia se acercó a mí y permitiendo que la cogiera de la cintura, me besó. La pasión con la que buscó mis caricias me impresionó hasta a mí porque no en vano en ese momento estábamos en el foco de atención de la multitud.

Sin dejar de abrazarla, proseguí diciendo:

—El sistema informático que nos repartió a todos en las casas también determinó que Adriana Gonçalves viviera conmigo y os tengo que reconocer que nada más verla me enamoré de ella.

La morenaza poniéndose en pie, me quitó el micrófono para responder:

—Yo te amo, pero también a esta zorra —y sin importarle los miles de testigos se lanzó a besarnos a los dos.

Apoderándose del aparato, Johana se presentó y tras confesar que sentía los mismos sentimientos que la latina, buscó tanto mis caricias como los de sus compañeras. Asumiendo que era su turno, Suchín y Akira se presentaron y antes de unirse nosotros, demostraron que tipo de afecto sentían al comenzarse a meterse mano entre ellas.

Incitando a la gente a besarse, la hindú se desnudó sobre el escenario y llamando a su hombre, le pidió que la amara. El joven vikingo sonrió al ver que la oriental se ponía a cuatro patas y acercándose a ella, la ensartó de una sola embestida.

—Uníos a nosotros —exigió la joven al resto de los componentes de su hogar.

Frente a diez mil testigos, las cuatro mujeres riendo a carcajada limpia dejaron caer su ropa y se unieron a la fiesta. La desfachatez, alegría y pasión de ese grupo se contagió como un virus y en alguna medida todos los presentes nos vimos afectados.

—Fíjate en la gente —me pidió Irene muerta de risa.

Solo me hizo falta echar un vistazo para comprobar que alrededor de la hoguera la epidemia de besos y caricias se iba extendiendo con rapidez y supe que esa fiesta iba a terminar en la mayor orgía de la historia aun antes de sentir que Johana me bajaba la bragueta.

—Deja que te mime —susurró en mi oído mi asistente al ver que iba a rechazar los mimos de la negra.

Me pareció extraño que la rubia me hiciera esa petición, pero dejándolo pasar tomé asiento en el butacón que habían instalado para mí y sonriendo informé a la militar que estaba listo.

—Gracias... —murmuró mientras sacaba a mi miembro de su encierro.

La felicidad de la morena era total y mientras ella se relamía pensando en la verga que se iba a comer, descubrí que tanto Irene como Akira se estaba ajustando un arnés en la cintura.

«Serán cabronas», descojonado, confirmé que mis sospechas no iban desencaminadas y que el supuesto desinterés de esa manipuladora escondía el deseo de venganza por el trato que Johana les había dado cuando le autoricé que las atara.

Ajena a lo que ocurría a su espalda, la negra agarró mi virilidad entre sus manos y sacando la lengua, lo empezó a lamer con un cuidado extremo.

—Mi señor, ¡cómo me gusta su pene! ¡Es precioso! —musitó confiada.

Asumí que Adriana y Suchín estaban en la jugada cuando tumbándose bajo ella, empezaron a estrujar sus enormes ubres mientras la azuzaban a seguir devorando mi verga. Las caricias de sus compañeras incitaron a la comandante y olvidando que en una batalla un soldado no podía descuidar su retaguardia, se la incrustó hasta el fondo de su garganta.

Estaba entusiasmada metiendo y sacándola de su boca, cuando con traicioneros mimos, Irene comenzó a acariciar tanto su coño como su ojete con los dedos.

—Sigue —encantada con el tratamiento, le exigió.

Ni que decir tiene que la rubia le hizo caso y cogiendo un bote de aceite se lo derramó por todo el cuerpo. La gigante nunca había experimentado unas caricias aceitadas y por eso no cayó en que su compañera concentraba la mayoría de estas en el hoyuelo de entre sus nalgas.

—No pares, cariño. Me vuelven loca tus manos —comentó sacando mi pene de su boca.

—No te preocupes no lo haré —comentó mientras hundía un par de dedos en su trasero.

Aguijoneada por las placenteras sensaciones, no pensó en que se estaba metiendo en una ratonera y embutiéndose nuevamente mi miembro, buscó mi placer.

La primera en atacarla fue Akira. Tumbándose bajo ella, le incrustó el gigantesco pene que llevaba adosado hasta el fondo de su coño.

—¡Me encanta! —sollozó la negra al sentir que su sexo era tomado al asalto por la japonesa.

Mi asistente aprovechó el momento para separar las nalgas de la militar y posando el grueso glande de plástico en su entrada trasera, le susurró al oído:

—Qué ganas tenía de dar por culo a una Navy Seal.

Johana no tuvo tiempo de reaccionar antes de que su ojete fuera violado por la rubia. El dolor fue tan intenso que no supo reaccionar y completamente paralizada soportó que mi asistente y su compañera comenzaran a cabalgarla sin compasión mientras Adriana y Suchín intentaban ordeñar sus ubres.

—¡Por favor! —alcanzó a sollozar sin poderse mover al tener embutidos sendos falos de plástico en sus dos agujeros.

La rubia, lejos de compadecerse de ella, le exigió que se moviera descargando una serie de dolorosos azotes sobre sus ancas. Nunca nadie y menos una mujer la había maltratado y mimado de esa forma, por ello cuando

Johana sintió que esas cuatro se aliaban para someterla no pudo más que implorar mi ayuda.

—Cállate y disfruta —respondí cogiéndola de la cabeza para embutir mi verga hasta el fondo de su garganta.

Todas y cada una de sus defensas cayeron a la vez y sintiéndose totalmente desamparada, la gigantesca comandante comenzó a temblar al saberse una marioneta en nuestras manos.

—¿No has oído a tu dueño? —preguntó la colombiana mientras le regalaba un duro pellizco en un pezón: —¡Muévete puta!

Demostrando que formaba parte de la conspiración, Suchín mordió el otro al tiempo que se apoderaba del clítoris de la mujer.

Notando que los gemidos que salieron de su garganta no eran de dolor sino de placer, Irene y Akira aceleraron el ritmo con el que machacaban sus dos entradas.

Pidiendo clemencia, la negra avisó que se corría.

—Hazlo —rugió mi asistente mientras incrementaba la velocidad con la que abusaba del trasero de la morena.

Desbordada por tanto estímulo, Johana colapsó ante mis ojos mientras mi verga descargaba su cargamento directamente en su garganta y con una mezcla de placer y de sufrimiento, su cuerpo sufrió los embates de un orgasmo total. La cabrona de Irene al ver el derrumbe de la musculosa mujer comenzó a reír pidiendo otra voluntaria para ser sodomizada. Usando sus últimas fuerzas, Johana se abrazó a ella y la sujetó mientras me rogaba que la vengara.

Muerto de risa, pedí a las otras tres que me ayudaran. Adriana fue la primera en reaccionar y separando con las manos las indefensas y blancas nalgas de mi asistente, me miró. No me hizo falta más y usando mi verga como ariete, me abrí paso a través de su ojete.

El grito de la rubia retumbó en nuestros oídos...

Cap. 12

Las dos gemelas.

Nadie, ni siquiera yo, cayó en la cuenta de que había llegado el temido momento en el que el amanecer y con él, la tormenta llegaría hasta nosotros. La primera señal de este fue una impresionante aurora boreal acompañada por una sucesión de rayos que tuvieron lugar cuando todavía el sol no había hecho su aparición por el horizonte.

La belleza de ese fenómeno atmosférico no pudo ocultar su cruel origen y las lágrimas que surcaron las mejillas de todos los presentes fueron producto del dolor por lo perdido y la certeza de que en ese momento millones de personas estaban luchando por su supervivencia.

—Nuestra madre tierra está llorando por sus hijos —sollozó Akira, asustada por ese festival de truenos y luces, mientras se abrazaba a mí.

Comprendí que detrás del bello simbolismo de esas palabras se escondía una realidad terrible y aunque sabía que era algo imposible, me pareció escuchar los gritos de todos aquellos que estaban muriendo en esos instantes.

—Vámonos a casa— cogiéndola en brazos comenté.

Nadie se opuso y con la diminuta mujer apoyada en mi pecho, nos dirigimos al que iba a ser nuestro hogar durante el resto de nuestras vidas. Todos éramos conscientes del Armagedón que estaba asolando la faz de nuestro mundo, pero ninguno hizo comentario alguno porque en nuestro fuero interno queríamos olvidar.

Irene y Adriana, Suchín y Johana, Akira y yo, todos y cada uno de nosotros deseábamos, como los monos sabios, taparnos los ojos, los oídos y la boca para no ver, no oír y no llorar esa pérdida. Pérdida de la afortunadamente solo estábamos siendo testigos y no víctimas, pero a la que igualmente estábamos rindiendo duelo.

—Somos unos privilegiados y todo gracias a ti —le comenté a Irene al llegar a la habitación.

La cerebrita no pudo aguantar las lágrimas y junto a ella, los otros cinco que formábamos parte de su familia. Tras una noche en vela y por primera vez,

dormimos los seis al completo en la misma cama.

Aun así, nadie quiso o intentó hacer el amor. Nos dimos apoyo, ánimo, nos consolamos, lloramos unidos, compartimos cariños y besos, pero no sexo. No era el día, ni el momento y yo en lo particular pensé que tardaría mucho tiempo en tener ganas de saciar mi sexualidad. Mis cinco compañeras y yo éramos conocedores de la responsabilidad que pesaba sobre nuestros hombros.

«Seguramente somos la última defensa que tiene el ser humano para no retroceder milenios», me dije mientras intentaba descansar.

Ninguno de nosotros había dormido gran cosa, es más, hasta podría asegurar que nadie había dormido nada. Se podía decir que estábamos demasiado acojonados, aterrados, horrorizados o abatidos para hacerlo.

Por ello cuando cerca de las dos, uno de los ayudantes de Johana vino a informarla de unos graves incidentes que se habían producido al finalizar la hoguera, no pilló a nadie dormido.

Al saber de su presencia, la ex militar considerando que no era apropiado recibir esas noticias desnuda y en la cama, se puso una bata y salió de la habitación. A pesar de ello, escuchamos perfectamente la descripción de lo sucedido, debido al nerviosismo del mensajero, el cual sin darse cuenta dio el parte gritando:

—Señora, un grupo de locos se ha amotinado y ha usado todo tipo de palos y botellas para cargar contra nosotros.

Demostrando su sangre fría, sin levantar la voz y ejerciendo de jefa de seguridad de la isla, preguntó si había habido bajas.

—La refriega sigue por lo que no estoy seguro —respondió el hombre lleno de vergüenza: —Aunque usted nos previno de que podía haber altercados, nunca supusimos que fueran a ser tan pronto y ni de tanta gravedad.

Dejándolo con la palabra en la boca, se dio la vuelta y sin molestarse en cerrar la puerta, se quitó la bata y se comenzó a vestir.

—Deje de mirar mi culo —ordenó con tono seco y cortante al percatarse de que su subordinado no podía retirar la mirada de su negro, duro y musculoso trasero.

Juro que, si no llega a ser un momento tan dramático, a buen seguro me hubiera reído cuando el pobre chaval se puso de todos los colores al ser amonestado de esa forma por su superiora.

— ¿No venís? —preguntó mirando a Irene, a Adriana y a mí: —Creo que va a ser necesaria vuestra presencia.

—Danos un minuto —contestó mi asistente y segunda en el mando de la isla tras de mí.

—No puedo, os espero ahí —y señalando con el dedo al muchacho, le ordenó que nos escoltara.

Ni a la rubia ni a la latina les importó en lo más mínimo salir de la cama desnudas y abusando de su evidente timidez, sin taparse comenzaron a despedirse de las dos que se quedaban en ella. Las orientales que no eran tontas entendieron el chascarrillo de sus compañeras y añadiendo una gran dosis de mala leche, se empezaron a besar mientras de cachondeo invitaban al muchacho a unirse a ellas.

—Dejadle en paz. No veis que es un crio, ¡pedazo de putas! —riendo las amonesté.

Haciendo caso omiso a mis palabras, la tailandesa hundió su cara en la entrepierna de la japonesa mientras las otras dos las jaleaban.

—Chaval, espéranos fuera— compadeciéndome de él, le ordené al ver que, disfrutando de su naturaleza fetichista, Suchín se estaba exhibiendo cada vez más.

—Eso, niño. Sal y hazte una paja —le gritó Akira mientras con su sexualidad ya desbordada presionaba la cabeza de su amiga para forzar el contacto.

Si alguna de las dos hubiese sabido la realidad de lo graves que habían sido esos altercados, nunca hubieran aprovechado lo pusilánime que era ese joven para echarse unas risas. Desconociéndolo, siguieron puteándolo hasta que salimos de la casa.

No tardamos en comprender que se había quedado corto con la gravedad de lo ocurrido y es que de camino a la plaza pudimos ver los efectos de la masa descontrolada.

—¿Qué coño ha pasado aquí? —preguntó mi asistente al ver las farolas caídas y las papeleras tiradas por el suelo.

Encontramos a Johana dando gritos por doquier y fue entonces, constatamos hasta donde había llegado la barbarie, ya que con tono cenizo nos informó de que había habido cinco bajas, cuatro civiles, todos de la misma casa y un militar.

Curiosamente la que peor encajó las noticias fue Adriana:

—Lucas, lo siento. Calculé mal —reconoció desconsolada: —Nunca supuse que se desmadraría tanto todo.

Mirando a Irene y a la enorme negra, comprendí que el único que no sabía

de qué coño hablaba era yo. Por eso, sintiendo ganas de saltar la las dos al cuello, les pregunté a que se refería la latina.

En vez de contestar mi pregunta, Johana replicó a su amiga:

—No fue tu culpa sino la mía. Debí haber previsto más gente para controlar los disturbios.

Girándome, me encaré a Irene:

—Tengo claro de quién fue la idea.

Totalmente pálida, la rubia respondió echándose a llorar:

—Todo debía haber quedado en unos golpes y contusiones.

Con un cabreo de narices, comenté a las tres que ahora teníamos que ocuparnos de menos minimizar las consecuencias de su negligencia, pero que al llegar a casa debíamos hablar de lo sucedido.

—¿Sabéis que esto no va a quedar así? —pregunté.

Las tres asintieron sin levantar su mirada. Como ya tendría tiempo de rendirles cuenta, pedí la lista de los fallecidos. Como me imaginaba, al contrastarla con la que tenía de los grupos familiares, descubrí que para colmo una de las fallecidas encima era la lideresa.

Mirando a Adriana, quise saber cómo afectaría eso a las dos supervivientes. Tras pensarlo durante unos segundos, respondió:

—Habrà que esperar a que vuelva la electricidad para ratificarlo con el programa informático, pero tendremos que reasignar al resto a otros grupos. Piensa que esas familias fueron diseñadas para tener un comportamiento jerárquico con sometimiento a las directrices del jefe y si este ya no está, el grupo se desmorona.

Lleno de ira, observé que entre la gente que no paraba de llorar velando a los muertos había dos pelirrojas que no podían negar el ser hermanas, ya que eran exactamente iguales. Todavía hoy no sé si notaron que me fijaba en ellas o por el contrario estaban necesitadas de un hombro en el que llorar que al vernos llegar a donde estaba teniendo lugar el velatorio, se lanzaron en mis brazos hechas unas magdalenas.

—Don Lucas, ¿por qué ha tenido que morir Helen? Ella era la que nos cuidaba y ahora...¿qué va a ser de nosotras? —preguntó una de ellas.

Sin pensar en las consecuencias, Irene le contestó:

—Lucas, proveerá por vosotras. No tenéis nada que temer.

Por la cara que puso Adriana, supe que mi asistente había cometido un error y ella misma cayó en la cuenta al escuchar que le decía a su gemela:

—Ya tenemos quien nos cuida.

La rubia comprendió que la habían malinterpretado e iba a sacarlas del error cuando para evitar males mayores le dije:

—Hoy ya has metido la pata suficiente. Sé humana por una vez en tu vida. ¿No ves que necesitan, además de consuelo, un lugar donde sentirse seguras?

Sin querer asumir que eso iba a trastocar nuestras vidas, me preguntó que debía hacer:

—No deben haber dormido. Llévalas a casa y que descansen mientras nosotros nos ocupamos de encontrar y castigar a los culpables.

Incapaz de llevarme la contraria, Irene convenció a las dos para que la acompañaran y se marchó. Hasta que las tres mujeres no se habían alejado, Adriana se había mantenido callada, pero al asumir que ya no podían oírla, me preguntó:

—Lucas, ¿estás seguro de que es una buena decisión?

Mirandola a los ojos, contesté:

—Para nada, creo que ha sido una idea pésima.

A pesar de esa respuesta, la latina comprendió que no iba a sacarme una explicación y cambiando de tema, quiso saber cómo se había desmadrado todo hasta esos extremos.

—Por lo que he conseguido averiguar hasta hora, esa tal Helen debía ser una psicópata porque todos los testigos afirman que fueron ella y sus acompañantes los que cuchillo en mano se abalanzaron sobre el militar también fallecido y que este solo se defendió —Johana expuso brevemente.

Reconozco que, al oír su explicación, me preocupé porque no en vano acababa de mandar con mi asistente a las dos supervivientes de ese grupo. Temiendo haber metido al enemigo en casa, pedí los expedientes completos de ambas pelirrojas.

—Aquí los tiene —contestó la negra.

Que los tuviera a mano hizo que subiera bastantes enteros mi opinión sobre ella como jefa de seguridad y es después de su desastrosa gestión, al menos se había preocupado por estudiar a todos los involucrados.

—Se llaman Elina y Mikaela Lindbergh, nacidas hace veinticinco años en Malmö y doctoras en ingeniería informática por la universidad de Estocolmo —me anticipó.

Nada en esos dossier hacía suponer que esas dos suecas representaran un peligro. Al contrario, según los psicólogos encargados de su evaluación, las hermanas compartían una exacerbada empatía que las lleva a intentar siempre a apaciguar las tensiones de las personas cercanas.

«Este grupo tiene por característica el ser muy violento, pero conociendo su valía se ha decidido usar a esas hermanas de cortafuegos que les impida saltar por los aires », leí que los loqueros razonaban refiriéndose al grupo en el que las habían encuadrado.

Por ello quise saber qué estaban haciendo mientras su líder y el resto de la gente de su casa implosionaban. Johana no tuvo que revisar ninguna lista para saber que las pelirrojas estaban de guardia durante los hechos y totalmente avergonzada, respondió:

—Eran las encargadas de cerrar el centro de cálculo.

No pude, no quise o no me vi capaz de contenerme.

—¡Seréis imbéciles! ¿A ninguna de vosotras tres se le ocurrió que esto podía pasar? Alimentasteis la sinrazón de la tal Helen sabiendo que las dos que la anclaban a la realidad no estaban a su lado.

—No creímos que llegara a ese extremo —reconoció Adriana.

Al escuchar su confesión, caí en la cuenta de que el dejar sola a esa perturbada fue algo premeditado y con ganas de matarlas a patadas, preferí marcharme y dejar a la latina y a su gigantesca compinche lidiando con sus remordimientos.

De poco me sirvió el paseo, mi cabreo no había menguado en lo más mínimo y por eso al llegar a la casa, busqué a la culpable. Y es que por mucho que Johana y Adriana se adjudicasen parte de responsabilidad, sabía que la ideóloga de tal locura había sido esa rubia con cara de niña buena.

—Fuiste, eres y serás siempre una insensata. Solo piensas en ti y te da igual lo que le ocurra al resto de la gente a resultas de tus maniobras —le espeté nada más verla.

Irene no intentó disculparse. Sabía que cualquier cosa que dijera solo iba a empeorar su situación y asumiendo su culpa, me imploró que la perdonara.

Por mucho que lloró, no me creí en absoluto su arrepentimiento y por ello cuando de pronto la tal Elina tras preguntarle si eso era cierto la abofeteó, no hice nada por defenderla.

Tampoco me apiadé cuando Mikaela, cogiendo de su rubia melena a mi asistente, la llevó a rastras por la casa.

—Putas, por tu culpa murió Helen —escuché que le gritaba y a continuación el sonido de un tortazo.

Sabiendo que Irene se merecía esa hostia y muchas más, me quedé sentado mientras entre las dos la propinaban un severo correctivo.

—Lo siento, yo no quería que eso ocurriera —oí que decía.

Tras ese nuevo intento de disculpa se produjo un silencio que me preocupó y por ello dejando la comodidad de mi asiento, me acerqué a la habitación donde la habían llevado a comprobar que ocurría.

He de decir que no me esperaba encontrar a la rubia colgada del techo y completamente desnuda. Por eso sin saber que decir me quedé mirando mientras Elina cogía una fusta y comenzaba a flagelarla. Al observar a mi ayudante comprendí que estaba aceptando ese castigo como parte de un extraño rito de expiación de sus pecados.

Por un momento, las gemelas creyeron que las iba a detener, pero al ver que no hacía ningún gesto de rechazo fueron alternando golpes e insultos mientras le echaban en cara las muertes ocurridas.

—Maldita. Por tu culpa hemos perdido a la mujer que nos cuidaba —escuché a Elina decir al tiempo que le retorció uno de sus pezones.

—¿Y ahora quién nos va a abrazar cuando tengamos miedo? ¿Quién nos va a mimar cuando necesitemos consuelo? —añadió su hermana mientras le descargaba un sonoro azote en el trasero.

—No lo sé —gimoteó mi asistente sin una respuesta que dar.

Los sollozos de Irene solo consiguieron incrementar la ira de las suecas y tirándola del pelo, Mikaela se encaró a ella diciendo:

—Tendrás que devolvernos lo que nos has quitado.

—Ojalá pudiera —replicó dando un aullido.

Sin dejar de azotarla, la pelirroja le comentó al oído:

—Por supuesto que puedes.

Juro que no comprendí a que se refería esa mujer y tampoco que se proponía hacer su hermana al reparar en que olvidando el castigo se estaba desnudando.

Añadiendo un nuevo correctivo a la larga lista, le mordió los labios antes de decir:

—Tu hombre será el nuestro y tú tendrás que verlo.

No me dio tiempo a reaccionar y antes de que hubiese asimilado que iba a formar parte del correctivo a mi asistente, Elina se había arrodillado frente a mí y me estaba desabrochando la bragueta.

—¿Qué coño estás haciendo? —pregunté.

La mujer que segundos antes se había mostrado extremadamente violenta con Irene me miró con una dulzura apabullante antes de contestar en voz baja para que nadie que no fuera yo la oyera:

—Señor, mi hermana y yo hemos sentido que necesitaba nuestra ayuda

para ejercer su justicia y eso estamos haciendo.

Tras esas enigmáticas palabras, abrió sus labios y engulló mi miembro mientras escuchaba el gemido de dolor que salía de la garganta de mi asistente al ser testigo de esa felación.

—¡Dejad a Lucas en paz! Haced conmigo lo que queráis, pero a él no lo toquéis, ¡es solo mío!

Sacando mi pene de la boca, Elina miró a Irene y regalándole una sonrisa, se lo volvió a embutir completamente.

—Zorras, mis compañeras os matarán cuando sepan que intentáis robarnos su amor —gritó mientras trataba de zafarse de sus ataduras.

Riendo a carcajada limpia, Mikaela se empezó a desnudar sin alejarse de ella. Nuevamente no supe que era lo que se proponía, pero eso no fue óbice para que mientras su gemela me hacía una mamada, aprovechara a hacerle un largo y minucioso repaso al culo de esa monada.

Una vez en pelotas, la pelirroja se acercó a su víctima y mostrando que era dueña de un par de espectaculares pechos, la preguntó si no consideraba que eran preciosos. A buen seguro Irene nunca previó al abrir los labios para negarlo, esa pelirroja aprovechara para meter uno de sus pezones en la boca.

—Chúpamelo para que cuando tu hombre mame de mis tetas tenga donde morder.

Para mi sorpresa, la rubia se tragó toda su soberbia y sacando la lengua, comenzó a lamer los hinchados senos de la pelirroja.

—No me extraña que Lucas esté tan a disgusto contigo. Para ser una puta sumisa, no sabes ni mamar.

Asumiendo que esa reprimenda iba dirigida a humillar a mi asistente, he de reconocer que nunca creí que tuviese ese efecto y es que, pegando un gemido, la rubia se puso a sorber y a succionar de los cantaros de su captora.

—El castigo todavía no ha terminado, su amada necesita aprender la lección —susurró en mi oído Elina un momento antes de empezarme a desnudar.

Ni que decir tiene que no puse impedimento alguno mientras esa preciosa pelirroja me quitaba la ropa y tampoco me quejé cuando dándome un suave empujón, me hizo tumbarme en la cama.

—Lucas es demasiado hombre para ti y prefiere amar a una mujer como yo antes que a una sucia sumisa.

El dolor que leí en los ojos de mi asistente fue total y mas cuando dejándola colgada del techo, Mikaela se acercó a mi con paso de pantera.

Como en el caso de su gemela, la expresión de le cambió al saber que Irene no podía verla y mutando de hembra dominante a dulce princesa, se tumbó a mi lado en la cama.

—Nuestro señor es aún mas guapo y varonil de lo que nos imaginábamos, ¿verdad hermana?

—Y eso que todavía no has saboreado su virilidad —respondió Alina con un tono pícaro en su voz.

Incapaz de escuchar que me decían esas dos, Irene les ordenó que me dejaran, pero eso solo sirvió para que guiñándome un ojo Mikaela le replicara:

—Lucas ya ha elegido y se queda con nosotras, ¿no es así?

—Claro, princesa. Sería tonto si no os prefiriera a vosotras —respondí y consciente de que debía de dar realismo a mi afirmación, me metí una de sus maravillosas tetas en la boca mientras con las manos magreaba el trasero de su gemela.

Dando un largo sollozo, mi rubia asistente mostró su indignación.

—Mi señor, mis pechitos son muy sensibles y si sigue haciendo uso de ellos, me voy a poner cachonda —murmuró Mikaela sin hacer ningún intento de retirarse.

Su hermana, sin encomendarse a nadie, aprovechó ese momento para coger mi verga y poniéndose a horcajadas sobre mí, empalarse con ella.

—Mi señor, yo ya estoy cachonda.

La desfachatez de la cría, unida a la estrechez de su coño, me hizo disfrutar como pocas veces y dejando que usara mi miembro como silla de montar, me puse a morrear con su gemela mientras Irene no perdía detalle.

—¡Cómo me gusta este pollón! —aulló descompuesta voz en grito Elina sin dejar de empalarse.

No tuve que ser un genio para saber que ese chillido iba dirigido a mi asistente, pero aun así debéis saber que me puse verraco y atrayendo a Mikaela hacia mí, le pregunté si le gustaba el sexo oral.

—Me encanta, mi señor —replicó con una sonrisa de oreja a oreja.

Tas lo cual haciendo todo lo posible para llamar la atención de la rubia y cambiando de posición, puso su coño a mi disposición. Acostumbrado a mujeres depiladas, con gusto, comprobé la existencia de un cobrizo bosque de pelos entre sus piernas.

«¡Menuda mata!», exclamé interiormente mientras retiraba con dos dedos los poblados pliegues que me impedían el acceso a su clítoris.

Al hallar ese tesoro oculto, no me lo pensé dos veces y mientras su hermana seguía machacando el interior de su vagina con mi verga, saqué mi lengua y comencé a lamerlo. Como si fuera magia, ese botón creció ante mis ojos e impelido por una fuerza irresistible, comencé a mordisquearlo con pasión.

—Mira puta como mi hombre se come mi chocho pelirrojo —escuché que Mikaela gritaba a mi asistente.

Irene llorando no paraba de rogar que siguieran castigándola a ella pero que no me tocaran.

—Eso te gustaría, sucia sumisa —le espetó Elina con la respiración entrecortada.

A pesar de estar saboreando el flujo de la otra, advertí que la sueca que se estaba empalando con mi verga estaba a punto de correrse y decidido a darle un pequeño empujón, le di un par de azotes en su trasero para que se diera prisa.

—¡Dios! ¡Me enloquecen tus nalgadas! —rugió la sueca al sentir esa ruda caricia en sus cachetes.

Para mi sorpresa desde el gancho en el que estaba colgada, mi asistente me pidió que demostrara a esa puta quien era el que mandaba.

—Hazlo, mi señor —susurró Mikaela en mi oreja: —Mi hermana está deseando sentirse completamente tuya.

Mirando a la preciosa pelirroja, le pregunté qué era lo que ella quería. Bajando su mirada, replicó:

—Quiero dormir abrazada a usted y sentirme querida.

—¿Sabes que tengo otras seis mujeres? —respondí.

Abriendo sus ojos, me dijo:

—¿Seis? Yo creía que solo tenía cinco.

Descojonado señalé a su gemela, y contesté:

—No querrás que Elina se quede sola.

Con voz tierna, me besó mientras me decía:

—Si usted me acepta, me ocuparé de controlar a todo su rebaño.

—Te acepto —descojonado contesté.

Lo que no me esperaba fue que, saliendo de la cama, Mikaela descolgara a Irene y trayéndola hacia nosotros, le rogara gentilmente que se ocupara de su hermana mientras ella sellaba el pacto conmigo follándome.

Como era de prever, la rubia se negó.

La reacción de la pelirroja no se hizo esperar y sin darle opción a cambiar

de opinión, le cruzó la cara de un tortazo.

—Zorra, no te lo he pedido. ¡Te lo he ordenado!

Ver para creer, mi asistente mirándola con una adoración que solo le había visto cuando me observaba, respondió hundiendo su cara entre las piernas de su gemela.

Alegre y satisfecha, Mikaela se olvidó de ellas y poniéndose a cuatro patas sobre el colchón, me preguntó que esperaba para firmar nuestro acuerdo. Como os podréis imaginar, cogiendo mi polla a modo de estilográfica, me entretuve unos segundos haciendo mi firma sobre sus labios vaginales, tras lo cual y de un solo empujón, se la clavé hasta el fondo.

—Mi señor, ¡qué hogar tan maravilloso vamos a formar los dos juntos en esta isla con nuestras seis putillas! —rugió llena de felicidad al sentir que mi verga la rellenaba por completo...

Fin